

Apuntes biográficos Menéndez Pelayo



APUNTES BIOGRÁFICOS MENÉNDEZ PELAYO



Buscó de ciencia un espejo
la Academia con cariño,
y dióle, con buen consejo,
el sitial de un sábio viejo
á este sábio casi niño.

Miguel García Romero

APUNTES PARA
LA BIOGRAFÍA
DE DON MARCELINO
MENÉNDEZ PELAYO



Esta edición es propiedad de PubliCan – Ediciones de la Universidad de Cantabria y de ECH – Ediciones y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente ni en parte, sin su previo consentimiento.

© Diseño editorial y proyecto técnico: GOMBEL, S.I.



© Grupo de Investigación de Historia de la Restauración

© PubliCan - Ediciones de la Universidad de Cantabria
Avda. de los Castros, s/n. 39005 Santander
Tel.: 942 201 087 - Fax: 942 201 290
www.libreriauc.es
ISBN: 978-84-8102-561-3

© Fundación para las Artes, la Creación Literaria y los Sentidos - ECH - Ediciones
Calle del Oria, 13. 28002 Madrid
Teléfs. 91 356 97 29 – 91 713 05 97
www.ech.es
ISBN: 978-84-935818-9-3

Ilustración de portada: Daniel Perea y Rojas,
El Madrid Cómicó, 1880

D.L.: S. 1.328-2009

Impreso en España. *Printed in Spain*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN DE *Gonzalo Capellán de Miguel*

II

APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE D. MARCELINO
MENÉNDEZ PELAYO, POR *Don Miguel García Romero*

15

A guisa de introducción

19

Capítulo I

Menéndez Pelayo, estudiante

25

Capítulo II

Menéndez Pelayo en el extranjero

35

Capítulo III

Las obras de Menéndez Pelayo

47

Capítulo IV

Las oposiciones de Menéndez Pelayo

87

«No era menester, ni para vosotros ni para cierto círculo grande ya en España por fortuna, de personas aficionadas a los estudios serios, que el joven que hoy se sienta entre nosotros diese de nuevo tan brillante prueba de su aptitud. La prueba convenía, no obstante, para que la convicción que nos ha movido a elegirle, a pesar de sus pocos años, penetrase en otro círculo más extenso, donde se discurre, se vota y se sentencia sobre méritos literarios... Algo de esto ha ocurrido con el señor Menéndez y Pelayo, el cual goza ya de bastante popularidad, habiendo sido, al menos en parte, reconocido su mérito; pero no pocas personas tiran a rebajarle, fundándose en vulgarísimos errores, que será bueno desvanecer».

JUAN VALERA,

Contestación al discurso de recepción de don Marcelino Menéndez y Pelayo en la Real Academia Española
(06-III-1881)

INTRODUCCIÓN

DOS DÉCADAS DE ESTUDIOS SOBRE MENÉNDEZ PELAYO

Hace ya dos décadas que en el seno del actual «Grupo de Investigación sobre Historia de la Restauración» de la Universidad de Cantabria se comenzaron a elaborar trabajos académicos en torno a la época y la figura de Menéndez Pelayo. Fruto de esa actividad pronto se produjeron resultados tan destacables como la Tesis doctoral *Menéndez Pelayo y el menendezpelayismo* (1993) obra de Antonio Santoveña Setién. De su investigación surgieron al año siguiente dos monografías que siguen siendo referencia esencial para los estudios en torno a Menéndez Pelayo: el que con idéntico título a su Tesis coeditaron el Ayuntamiento de Santander y la Librería Estvdio (núm. 12 de la colección Pronillo) y el intitulado *Marcelino Menéndez Pelayo: revisión crítico-bibliográfica de un pensador católico* que editó el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria (hoy PubliCan-Ediciones).

Poco después, en 1997, el director de aquella Tesis y del Grupo de Investigación, Manuel Suárez

Cortina, ponía en marcha unos «Encuentros de Historia de la Restauración» con los que se iniciaba, asimismo, una estrecha colaboración entre la Universidad de Cantabria y la Sociedad Menéndez Pelayo. Editado por ambas instituciones vio la luz, un año más tarde, el volumen *La Cultura Española en la Restauración* en cuya cubierta aparecía un retrato de Menéndez Pelayo, el mismo que había servido de cartel al primer encuentro y que ponía de manifiesto la relevancia de su figura en la cultura de la época analizada.

Muy similar —tanto que a primera vista parecen el mismo libro—, por cierto, fue la cubierta de otro libro aparecido en el año 2000, *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española*, fruto de las IV Jornadas de Hispanismo Filosófico celebradas en Santander en 1999 bajo el auspicio de la Sociedad Menéndez Pelayo. El propio título era un guiño a la labor de Menéndez Pelayo y sus proyectos en torno a «la Ciencia española», cuyas polémicas se analizaban en algunos de los capítulos de la obra —de la que no escribiré más por haber sido coeditor «literario»—.

Por esa senda discurrieron otras actividades, incluidos los «Encuentros» anuales de historia la restauración, cuya dimensión se fue ampliando hasta cubrir, en realidad, la historia del liberalismo en la España y Europa contemporáneas. Con todo, en el año 2006, al conmemorarse los 150 años del na-

cimiento de Menéndez Pelayo, los encuentros volvieron a centrarse —de manera monográfica esta vez—, en la vida y obra del intelectual santanderino. Así, la UIMP en su sede del Palacio de la Magdalena acogió en septiembre el curso dirigido por Manuel Suárez Cortina sobre «Marcelino Menéndez Pelayo y su tiempo», cuyos resultados pronto conformarán un *nuevo* volumen de las publicaciones de la Universidad de Cantabria.

Y enfatizo lo de *nuevo* porque también en las próximas semanas aparecerá un número de la colección «4 Estaciones» sobre ciertos textos atribuidos y/o atribuibles a Menéndez Pelayo recopilados y estudiados por la profesora Bénédicte Vauthier. Ambos se sumarán al catálogo de PUBliCan-Editions donde ya figuran, además del ya citado de A. Santoveña, otros títulos «menendezpelayistas» como los recientes «Estudios» en torno a *Los orígenes de la novela* coordinados por Borja Rodríguez y Raquel Gutiérrez.

La Biblioteca Breve Menendezpelayista, por tanto, no surge *ex nihilo* sino que debe enmarcarse en esa larga trayectoria de actividad académica e investigadora de este grupo de investigación de la Universidad de Cantabria, así como del trabajo actualmente en curso que dentro del proyecto «Ontología del Patrimonio de Cantabria» de la Fundación Marcelino Botín estamos realizando y que incluye

una exhaustiva recopilación y descripción bibliográfica de todos los escritos existentes sobre Menéndez Pelayo. Y en ese sentido debe entenderse también el nombre consciente —y no casualmente— elegido para la propia Biblioteca, que no incluirá entre sus volúmenes textos «de» Menéndez Pelayo («menendezpelayianos») sino «sobre» Menéndez Pelayo («menendezpelayistas»). Y discúlpeme el lector esta *sutileza* no «perediana» sino de reminiscencias *krausistas* —que no *krausianas*— (y lo dejo ya no sea que D. Marcelino se enfade por mi salmeroniano estilo).

La *BBM* surge en este contexto, pero ante todo gracias al *auxilio* que desde hace algún tiempo nos viene ofreciendo la Escuela Contemporánea de Humanidades radicada en Madrid, pero con notoria presencia cántabra. Especialmente por la colaboración editorial entre la ECH y la Universidad de Cantabria que ha hecho posible abrir una amplia línea de estudios y publicaciones en torno a la narrativa y la creación literaria en su más amplio sentido. Campo en cuya historia, sin duda, Menéndez Pelayo, conserva aún un nombre propio.

LA «BIOGRAFÍA» DE MIGUEL GARCÍA ROMERO

El texto elegido para iniciar esta Biblioteca de tantos resabios menendezpelayianos —es decir, bibliófilos y bibliotecófilos— es un texto que puede

parecer intrascendente. Aunque García Romero se autoproclama amigo de Menéndez Pelayo en varios momentos del texto, Gumersindo Laverde le escribía a su joven amigo en diciembre de 1878, que «Un Sr. García Romero me ha escrito pidiéndome noticias biográficas tuyas», demostrando no conocerle hasta esa fecha (*Epistolario*, FUE, 1983, vol. III, p. 320). El propio Menéndez Pelayo, en dos cartas fechadas en diciembre de 1878 y enero de 1879, le informará de que García Romero, a la sazón secretario de la Juventud Católica, es «buen chico» y «de mucho corazón», además de amigo suyo al que conocía «desde que éramos estudiantes» (*Ibid.*, p. 332 y 343). Eso explica el contexto en el que se forja una biografía cuyo objetivo fundamental era hacer públicos y visibles los méritos de un joven que había obtenido una prestigiosa cátedra en la Universidad Central de Madrid a la edad de 23 años y no sin ciertas polémicas asociadas al cambio de la ley que rebajaba la edad hasta entonces exigida para acceder a tal honor. Así puede deducirse de las palabras que Casimiro Collado escribe a Menéndez en abril de 1879 en relación a los *Apuntes*, «los que por cierto me han gustado mucho por lo que en sí mismos valen y porque ponen en plena luz los sucesos y el éxito de las oposiciones a la cátedra de la Historia de la literatura, tan brillantemente vencidos por V. en el inolvidable concurso» (p. 469).

Eso debió de servir, también, para que ciertas personas que no pudieron vivir en directo aquella jornada tuvieran cumplida —y parcial— información al respecto. De hecho, el propio Laverde le volverá a escribir a Menéndez Pelayo seis días después de que tomara «quieta y pacífica posesión de la cátedra de *Josephus Amator Flumminum*» —o sea, la que había ocupado hasta su fallecimiento D. José Amador de los Ríos— que «Por García Romero sé ya hace días tu toma de posesión y lo que en ella pasó» (p. 335). Del ambiente que debía respirarse en la Central a raíz de este hecho dan buen testimonio las palabras que sigue escribiéndole Laverde: «No te afectes por tales miserias, ni por las que en adelante salgan a la superficie. Los buenos y los decentes harán justicia a unos y a otros».

Se refería con ello a la ausencia de notables académicos, ideológicamente en las antípodas de Menéndez Pelayo, como Canalejas, Revilla o Morayta; o la indiferencia —ni siquiera le saludó, le había contado Menéndez a Laverde— de otro krausista insigne, Fernández y González (el único miembro del tribunal de cátedra que no le votó). Con todo y con ello, estos humildes apuntes de un autor «oscuro y humildísimo», como se considera a sí mismo García Romero en las últimas líneas de su libro, fueron sin duda un texto eficaz para dar a conocer al público las hazañas y la ingente erudición del joven

santanderino en un momento de su vida en el que resultaba absolutamente inusual contar ya con una biografía. El hecho de que se hicieran en muy poco tiempo dos ediciones del texto da cuenta, además, de su difusión*. El juicio que mereció a algunos miembros cercanos al círculo de Menéndez Pelayo lo conocemos a través de varios pasajes de su epistolario. El más severo, quizá, fue el propio Laverde a quien García Romero asegura deber buena parte de la información vertida en su libro. Otra mucha, claro está, la conoció en primera persona, como por ejemplo, el interesante dato sobre las conferencias pronunciadas en la Academia Juventud Católica de Madrid, que adelantaban al público tres capítulos de la *Historia de los heterodoxos españoles* «que será digna de colocarse al lado de la que sobre los herejes italianos escribió César Cantú». Como interesante era la divulgación oral de su obra que iba haciendo en distintos foros, como la tertulia del Marqués de Heredia, según revela el autor. Con todo, Laverde considera que «aunque algo incorrecta» la biografía es «un plan bien concebido y llena plenamente su objeto». Le gustó especialmente, le escribe desde Santiago el 2 de marzo de 1879 nada más recibir el ejemplar de los *Apuntes*, «la lección que explicaste

* Aquí se reproduce la del ejemplar publicado hace ciento treinta años y conservado en la biblioteca privada de LCdR.

en las oposiciones», la referida a «Los Humanistas españoles del siglo XVI» que se reproduce en toda su extensión en el texto, al igual que se reproduce su *Epístola a Horacio* (p. 388-389). Una costumbre, esta de conjugar noticias sobre la vida de Menéndez Pelayo con fragmentos o textos completos de su obra, que perdurará entre biógrafos y estudiosos posteriores.

Provechosa la juzgó Antonio Rubio y Lluch, el otro nombre explícitamente aludido en el texto por García Romero. Tras leer el libro le escribe a Menéndez Pelayo que le ha «gustado en su conjunto», aunque le parecían «un poco incompletos, la reseña de tus estudios en Barcelona y el juicio de tus obras». Claro estaba que al autor catalán le hubiera gustado vincular aún más el genio de Menéndez Pelayo a su formación en la Universidad Barcelona —algo que harán, en extremo, los estudiosos posteriores—, pero también señalaba el interés que ofrecían ciertos datos de esta pionera biografía incluso para personas tan cercanas al santanderino, destacando que «La parte más curiosa para mí, pues la desconocía por completo, ha sido la que trata de tus viajes» (p. 391). Parte que, sin embargo, resulta crucial para entender la dimensión verdaderamente Europea de la cultura y la obra de Menéndez Pelayo, así como su permanente acopio de libros y notas bibliográficas de distintos países —todo ello sufragado y, por tanto,

hecho posible por la generosidad del Ayuntamiento y Diputación santanderinos, por cierto—.

Mucho más positiva aún fue la opinión de Amós de Escalante —de cuya carta parece desprenderse el deseo de ser también biografiado como su coterráneo—. Escribe lo siguiente en abril de 1879: «Leí también con sumo gusto sus noticias biográficas escritas por D. Miguel García Romero, obra de ingenio juvenil y entusiasta, de escritor hecho y llamado a merecidas glorias. Hay en aquel libro algunas frases lisonjeras, aunque no muy justas, para mi seudónimo; por las cuales debo a su autor singular agradecimiento, del cual ruego a V. sea mi intérprete. —Si V. cree que puede ser agradable al Sr. Romero tener algún libro mío, y me dispensa la atención de escribirme las señas de su domicilio, será gusto grande para mí enviarle un ejemplar de los que tengo» (p. 423).

No parece que el futuro de este pionero biógrafo fuera tan prometedor como anunciaba Amós de Escalante. De hecho, las referencias a su persona desaparecen del epistolario de Menéndez Pelayo hasta el lejano año de 1897 en el que el Conde de Roche le escribe desde Murcia preguntándole «si el Cancionero de poetas castellanos de fines del siglo XVI que usted descubrió en Nápoles, según dice D. Miguel García Romero en los Apuntes para la biografía de usted» (vol. XIV, 175). Tampoco he en-

contrado noticia de que García Romero volviera a empuñar la pluma para escribir otro libro, aunque sí de su paso por dos puestos como Secretario del Gobierno Civil de Madrid y como Consejero de Instrucción Pública (*Gaceta de Madrid*, 3-IV-1900 y 22-XII-1905).

Por último, hay que señalar que no fue sólo desde este entorno católico fervorosamente filomenéndezpelayista en aquellos momentos de juventud, a cuyos ojos Menéndez Pelayo era ante todo el restaurador de la gloriosa cultura española, del renacer de nuestra ciencia patria, sino también para muchos otros intelectuales de la época. Quizá el mejor lo proporciona un acreditado escritor como Juan Valera, quien tan trascendental papel iba a jugar en esos inicios de Menéndez Pelayo en la República de las Letras. Cuando poco después el joven santanderino obtenía otro gran triunfo literario siendo recibido en la Academia de la Lengua Española, Valera escribía estas bellas palabras sobre uno de los lugares comunes en las biografías —incluida la de García Romero— e imaginario popular en torno a Menéndez Pelayo, su prodigiosa memoria:

«Imposible es que alguien sea erudito, literato o sabio sin buena memoria. Calidad es ésta que se requiere para cualquiera de dichos oficios o profesiones; pero también se requiere buena voz para

ser orador, y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises. Sin duda que el señor Menéndez y Pelayo tiene buena memoria; pero con su buena memoria se hubiera quedado si no poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su buena memoria le vale. El pintor necesita buena vista, y el músico buen oído; pero hay hombres que tienen vista de lince, y no pintan, o pintan mal, lo que es peor; otros que tienen oídos de tísico, y no cantan ni componen óperas ni sinfonías; y de la propia suerte he conocido y conozco gran número de personas que tienen muchísima más memoria que el señor Menéndez y Pelayo, y que ni llaman la atención, ni escriben hermosos libros y mejores discursos. La memoria de éstos es como la urraca, que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles, y las amontona en desorden, y para nada le sirven; y la memoria del señor Menéndez y Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, la más pura sustancia del cáliz de las flores; y ordenando luego lo que ha tomado, y prestándole no poco de su generosa y natural condición, lo convierte en miel, con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres, y en cera, con cuyo resplandor los ilumina, y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares».

GONZALO CAPELLÁN DE MIGUEL
Director de la BBM



APUNTES

PARA LA BIOGRAFÍA
DE D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,

POR
DON MIGUEL GARCÍA ROMERO,
ABOGADO
DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

—◆—
SEGUNDA EDICIÓN
—◆—

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE AGUADO,
Pontejos, 8

1879

A LA EXCMA.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SANTANDER

QUE

alentó generosa y premió con largueza las
empresas literarias de Menéndez Pelayo,
dedica estas líneas, en prueba de respetuosa
simpatía.

EL AUTOR.

A GUISA DE INTRODUCCIÓN

Que son los en que vivimos, días de postración y de desmayo intelectual, cosa es tan evidente, que no necesita demostración. Ciertamente que en el cielo de nuestra literatura brillan peregrinos ingenios; pero faltanles alientos para contrarrestar el ciego desatentado culto que rinde hoy, a todo lo que se *mide, cuenta y pesa*, el espíritu de la época. El cual espíritu atrofia el entendimiento, apaga en germen los grandes pensamientos que nacen al calor del corazón, y pervierte, estraga y corrompe el sentimiento de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. De aquí sin duda, las ilusiones que sobre nuestro propio valer en el orden científico fórjanse no pocos, lo fácil que somos de contentar en esto de achaques literarios, el desenfado irritante con que se ufanan tantas reputaciones de oropel como ahora privan, sin más títulos que su audacia, *fuerza de los débiles y dignidad de los abyectos* como la llama Cantú: la deliciosa idea de que nuestros oradores eclipsan a Demóstenes y Cicerón, a Quintiliano, nuestros incomparables críticos, y que

juntamente con los de Horacio, Virgilio, Shakespeare, Dante y Calderón, celebrarán la historia los inspirados acentos de nuestros grandes poetas. Grave enfermedad esta que apunto, demanda imperiosamente una crítica severa que, recogiendo en primer término los títulos de *eminentísimo*, *insigne*, *ilustre*, etc., que andan tan mal distribuidos por esos mundos de Dios, encárguese de otorgarlos con exquisita imparcialidad y delicado tacto, fija siempre la atención en esta máxima de Polibio, hoy muy olvidada por tirios y troyanos: «Si no sabéis aplaudir a los enemigos y censurar a los amigos cuando lo merezcan, no escribáis». Estamos miserablemente perdidos si no cesa pronto esa lucha inacabable de epítetos con que halagamos nuestra vanidad, con mengua y desdoro de las grandes dotes que adornan al ingenio español, cuya aptitud para todo linaje de conocimientos nada ni nadie puede poner en tela de juicio.

Inspire profundo desdén e invencible repugnancia ese ejemplar de sabio de moda, pendiente de la última extravagancia de tal, cual soñador transpirenaico o de las márgenes del Rhin; destiérrese de la nobilísima república de las letras, al que ruin y menguado zahiera, maltrate y niegue el mérito de los demás, consiguiendo de esta suerte aniquilar tan solo el propio suyo, dado caso que tenga alguno; admírese y reverencie el talento allí donde se encuen-

tre, prescindiendo, como diría un amigo mío que conserva reminiscencias krausistas, *de todo prejuicio y espíritu de secta*; que si lo vuelve airado contra Aquel que se le dio, harta desdicha es la suya; anatema incesante para el que, nuevo Tarquino, que entendía buenamente debían segarse las flores que alzaren su corola sobre las demás, se dedica con tenacidad imperturbable a morder reputaciones bien adquiridas, y a cortar los vuelos de quien pueda trepar airoso por las cumbres de la sabiduría; guerra despiadada a esa manía funestísima de tomar sin previo examen lo de fuera, cuando tanto y tan bueno tenemos dentro de casa, que solo de esta suerte podremos reanudar el hilo de oro de nuestra gloriosísima tradición científico-literaria, roto a la hora presente por mil y mil postizos adornos y perniciosas novedades que le afean, con harta pena de los amantes de las glorias patrias. De hoy más, veamos sin inquietudes ni desasosiegos, proscrita de nuestro corazón la asquerosa envidia, el vuelo gigantesco que toma algún privilegiado mortal, remontándose, a la manera que el águila a la cima de las montañas, hasta tocar las sublimes alturas de la ciencia,

Donde no se apoca
El númen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca,

sino que el espíritu, puro y sin mezcla de extraño ruido, recobra nuevos bríos y tiende majestuoso sus alas, domeñando, a la manera que el vapor por las olas del mar embravecido, cuantas dificultades se opongan a su soberano imperio.

Lejos, pues, de nosotros miserables pasioncillas; aunémonos para colocar la corona de laurel en las sienes del vencedor, cuidando, sin embargo, de que si el talento merece respeto y admiración, nunca jamás debemos rendirle culto, que esto, solo a Dios. Confiesa sin embargo, quien estas líneas escribe, que le falta muy poco, si es que algo le falta, para tributárselo con toda su alma al joven, casi niño, *cuya vida y milagros* pretende bosquejar, para que pluma mejor cortada supla lo imperfecto y manco de este traba-jillo que sale a la stampa sin pretensión de ningún género, cediendo tan solo a impulso irresistible del corazón, entusiasmado con las glorias de un *patriota* (en el buen sentido de la palabra), hoy embelesado de las letras españolas, respetadas en él fuera de los lindes de la Península. Su nombre, D. Marcelino Menéndez Pelayo. Pudiera yo muy bien agotar el Diccionario de la lengua y servirme de él para hacer un como acto de adoración, cuyo ídolo fuera el Sr. Menéndez; más no he de hacerlo, no por temor a que se engría, que tiene nuestro amigo un seguro inexpugnable a los asaltos de la vanidad y de la so-

berbia, conviene a saber, la humildad cristiana; sino porque gusto poco del exagerado aplauso personal al uso, y porque entiendo con un esclarecito literato*, que cuando tan gastado está entre nosotros el troquel del elogio, no hay panegírico más elocuente que la mera exhibición de los hechos. Quizá debiera desistir mi empeño, exclamando con el poeta:

*¿Quid me scribendi tam vastum mittis in æquor?
Non sunt apta mee grandia vela rati.*

Pero siéndome indiferentes cuantos reproches pudieran dirigirme por acometerle, sigo adelante; pues que si vivimos en *el siglo de las biografías*, como alguien ha llamado al actual, el que yo recoja y publique algunos materiales, para que andando el tiempo haya otra más,

¿Qué importa al mundo?

.....
.....
.....

Y aquí será bien que demos punto a estas líneas que por vía de Introducción hemos escrito.



* Alarcón.

CAPÍTULO I

MENÉNDEZ PELAYO, ESTUDIANTE

Más que los dictados de *muy noble, siempre leal y decidida*, y más que la corona ducal que ostenta en sus armas la antiquísima ciudad de Santander, debe envanecerla la pléyade brillantísima de hijos ilustres que, nacidos bajo aquel oscuro cielo, han sido ornamento y gala de la madre patria. El más insigne de todos ellos, D. Marcelino Menéndez Pelayo, vió en ella la luz primera el día 3 de noviembre de 1856. Al lado de sus buenísimos padres, que todavía por fortuna viven, y en el Instituto santanderino cursó la segunda enseñanza, con tal aprovechamiento y con tan manifiesta precocidad de su raro ingenio, que ya bachiller en 1871, amigos ilustres de la familia presagiaban al despedir a Menéndez Pelayo, que marchaba a comenzar su carrera en la universidad de Barcelona, los triunfos que alcanzaría en lo porvenir. Llegado que hubo a Barcelona, matriculóse en las asignaturas de Estética y Princi-

prios de Literatura, Gramática griega, Geografía y Literatura latina, que explicaban respectivamente los Sres. D. Manuel Milá y Fontanals, D. Antonio Bergnes de las Casas, D. Cayetano Vidal y Valenciano, y D. Jacinto Díaz.

Es la capital de Cataluña, la ciudad más culta de España; sábense allí con más anticipación que en Madrid inclusive, las noticias literarias, y ya no eran un misterio para la gente docta las relevantes condiciones de Menéndez Pelayo. Hizo este su *debut*, como ahora castizamente decimos, en la clase de Estética; y por tan maravilloso modo, con tan desusada maestría explicó el concepto de *belleza*, y las infinitas teorías que desde Platón acá han venido exponiéndole, que de aquel día data el respeto y admiración con que lo trataron siempre sus condiscípulos, reconociendo noblemente la infinita superioridad en cuestiones literarias de un chicuelo que por aquel entonces tenía *quince años!* Y el afecto con que sin el más ligero eclipse le ha distinguido su doctísimo maestro el Doctor Mila, hoy en mi humilde sentir, la primera autoridad que tenemos en asuntos literarios, máxime en los que dicen relación a la Edad Media, no sé yo si reconocida por nuestros flamantes críticos, pero sí y unánimemente por los del resto de Europa, que aplauden sus obras nutridas de ciencia, dechado de sobriedad en la exposición, como entre

otras lo acreditan *La Poesía heroica popular Castellana* y *Los Trovadores en España*. Terminado el curso hubo Menéndez Pelayo de ir a pasar el verano a Santander, y al año siguiente, que era el de gracia de 1872, volvió a Barcelona, en cuya Universidad estudió Historia universal con D. Joaquín Rubio, autor envidiable del estudio acerca de *la sátira en la antigüedad y en la Edad Media*, poeta lírico de grande inspiración y delicadeza, que brilla dignamente al lado de los Cabanyes, Aribau, Piferrer y tantos otros; *Hebreo* con D. Mariano Viscasillas, y *Literatura griega* con el ya citado D. Jacinto Díaz, que como los anteriores, sigue aún desempeñando su cátedra con grande general aplauso.

Un acontecimiento literario tuvo lugar por aquel tiempo en la ciudad condal. El *Ateneo Barcelonés* iba a conmemorar el aniversario de la muerte de Cervantes con una sesión solemnísimas. Invitan a Menéndez para que rompiese una lanza en aquel torneo, se excusa cortésmente, insisten los socios, cede al fin, y en dos días escribió un trabajo a que puso nombre «*Cervantes considerado como poeta*», cuya rica erudición y primoroso estilo cautivó al numeroso y escogido auditorio que tuvo la fortuna de escucharle. Estos continuos quehaceres, el indispensable que le acarreaban las asignaturas que estudiaba, la visita diaria a la Biblioteca, no eran causa para impedir que

Menéndez se pusiera en poco tiempo al corriente de la rica antigua literatura catalana, con más facilidad aún de la expresiva habla en que está escrita, sin desdeñar por eso la contemporánea que posee a maravilla.

Llegó el curso de 1873 a 1874, y Menéndez Pelayo vino a Madrid. Las aulas de Barcelona —escribenos un excelente amigo—, perdieron para siempre su más aprovechado discípulo, y el Principado uno de sus más entusiastas admiradores. Matriculóse aquí en las asignaturas de *Estudios Críticos sobre autores griegos*, *Historia de España* y *Metafísica*, estudiando a la par *Bibliografía*, no con el intento de ingresar en el cuerpo de archiveros y bibliotecarios, sino por su decidida afición a este linaje de conocimientos. Se ocupaba a la sazón nuestro ilustre amigo en recoger datos para una obra, de que en otro capítulo hablaremos, y proseguía al mismo tiempo la traducción de las tragedias de Séneca, tarea que había comenzado en Barcelona.

Era el 31 de Mayo de 1874. Los dignos profesores de esta Universidad habían endilgado su correspondiente *sermón* de despedida, sembrando ora la confianza ora la pavora en el ánimo de los escolares, según la promesa que cada cual hiciera de tener en el examen más o menos ancha la manga, como vulgarmente se dice. La emoción de aquel día

prodújola el discurso de D. Nicolás Salmerón, que con aplomo verdaderamente filosófico y con aquella soberana majestad que le distinguía, y que es de suponer no haya perdido en el suelo francés, a donde le tienen relegado sus extravíos políticos (defendidos por cierto, nos complacemos en reconocerlo, con una dignidad y consecuencia nunca bien alabadas) prometió suspender a cuantos discípulos entrasen a examen, dado que ni uno había sorprendido las *sublimidades* de la ciencia krausista. Ni Menéndez ni nadie podía dudar de la honrada palabra del maestro; así que, examinado de las otras asignaturas, tomó el tren y se detuvo en Valladolid. Yo no sé qué explicó aquel año D. Nicolás Salmerón; sospecho que hablaría del *concepto de la ciencia y de las fuentes del conocimiento*; con toda evidencia que no hubo de discurrir sobre la filosofía escolástica; si por casualidad hubiera escuchado Menéndez en Barcelona al difunto Llorens, sabría no poco de la filosofía escocesa, de que era el eminente Llorens fervoroso panegirista, especialmente de Hamilton; es lo cierto que escolástico era el profesor que le examinó en Valladolid, el cual Profesor dijo a un su amigo que no parecía sino que Menéndez había consagrado toda su vida al estudio de la filosofía Tomista. Incansable nuestro amigo, y como para desquitarse de las pasadas fatigas, aspiró y obtuvo el premio ofrecido por la

Ilustración Española y Americana al mejor trabajo que se presentara en el certámen.

En varios papeles periódicos escribió entonces artículos y poesías, muy principalmente en una *Miscelánea científica y literaria* que veía la luz en Barcelona.

Catedrático de literatura en la universidad de Valladolid era a la sazón un hombre ilustre en la república literaria, D. Gumersindo Laverde Ruiz. La historia no ha de olvidar ciertamente la brillantísima parte que este escritor ha tenido en la noble tarea de combatir la errada opinión vulgar de que entre nosotros no hubo ni filosofía, ni ciencia, ni nada hasta el punto y hora en que despertamos a la vida moderna: menguada y antipatriótica teoría, que todavía se sostiene enfrente de la del Sr. Laverde, de quien ha dicho un insigne crítico* «que si valen mucho las excelencias del ingenio valen más las de la índole, pudiendo afirmarse de él, como de pocos, que es un hombre de buena voluntad». Nada más natural, habida consideración a las aficiones literarias y modo de pensar de este escritor, honra también de la Montaña, que anudara con Menéndez un lazo de amistad, hoy cordialísima por todo extremo. Para Laverde que en 1868, al reivindicar para las Asturias

* D. J. Valera.

(Oviedo y Santander) la gloria de haber en nuestros días iniciado y promovido el estudio de la filosofía española, manifestaba la esperanza de que de aquellas tierras saldría quien diera cima a tan gloriosa empresa «con el indispensable *Diccionario bibliográfico de filósofos españoles*, y la no menos necesaria *Historia crítica de la filosofía española*», fue día felicísimo el en que conoció a Menéndez Pelayo; no menos de júbilo para éste, que vio en el autor de los «*Ensayos críticos*», una inteligencia de primer orden consagrada de todo en todo a la defensa de la verdad y de la patria. Recuerda todavía con amor el señor Laverde, las tardes del otoño de 1874, en que aquel joven leía en su modesta habitación tal cual extensa biografía que iba escribiendo para su *Biblioteca de traductores españoles*, tesoro de erudición inmensa, de sana y acendrada crítica, realzado por la naturalidad, soltura y limpieza de estilo, y se ufana legítimamente con la idea de que si Menéndez vive algunos años, veráse cumplido su vaticinio, y con él, la suprema nobilísima aspiración de toda su vida.

Pero volvamos a Valladolid, en cuya universidad recibió nuestro amigo el título de licenciado en Filosofía y letras. Obtenido el cual hizo inmediatamente los ejercicios para oponerse al premio extraordinario a que le hizo acreedor por unanimidad una disertación que leyó sobre este tema: *Conceptismo, cultera-*

nismo y gongorismo: sus precedentes históricos, sus causas y efectos en la literatura española. La brillante exposición que hizo de tan delicada materia; la crítica severa, no exageradamente rigorista, con que juzgó aquella fase importantísima de nuestra literatura, que en Italia tenía un ilustre representante en la persona de Juan B. Marini; el atinado juicio que formuló de el autor del *Polifemo y las Soledades*, de peregrinas innegables dotes, si bien afeadas por mil no disculpables *licencias* mal avenidas con nuestro idioma castellano; la impugnación briosa y razonada que enderezó a los críticos que buscaban las causas de la corrupción del gusto en aquella época, en las consabidas trabas que diz tenía el pensamiento, sin las cuales aseguran que Italia viérase libre de los seicentistas, y de los culteranos España; todo el trabajo, en fin, fue tan excelente, que uno de los jueces hubo de preguntar al compañero que había propuesto el tema, *si estaba de acuerdo con el opositor*. No juzgo indiscreto hacer público este hecho, que muestra con irresistible elocuencia lo acabado y perfecto del discurso en cuestión. Al año siguiente (curso de 74 al 75) estudió en esta universidad el doctorado de filosofía y letras, con tal aprovechamiento que dio glorioso remate a su brillantísima carrera, obteniendo también el premio extraordinario, para aspirar al cual discurrió sobre la *Novela entre los latinos*, de cuyo trabajo habremos muy luego de ocuparnos. De esta suerte concluyó

Menéndez Pelayo su campaña de estudiante: obtuvo en ella 24 *premios ordinarios* y 3 *extraordinarios*, es decir, mayor número de laureles que años de existencia.

Doctor ya nuestro joven fuese a Santander, su pueblo querido, cuyo Excmo. Ayuntamiento le concedió una pensión para que visitase las bibliotecas de Europa; hizo lo propio la Excma. Diputación provincial, y a la postre también el Gobierno, que al fin y al cabo «nunca es tarde si la dicha es buena» y dicha completísima para la patria tenía reservada Menéndez Pelayo con los sabrosos frutos que iba a recoger en sus viajes. Había antes visitado con grande éxito el archivo de la Corona de Aragón en Barcelona, dirigido por el erudito Bofarull, la Biblioteca provincial de Barcelona, la Colombina, aquí la nacional y las particulares, cuando dispúsose a salir de España.

Hízolo con efecto, siendo Portugal el primer pueblo extranjero que pisó nuestro joven. Mas toma su vida una fase tan importantísima, palpita con tal violencia el corazón al recordar las distinciones que recibió nuestro compatriota de las más sólidas reputaciones europeas, que justo es que indiquemos a grandes rasgos el copiosísimo fruto de sus excursiones en párrafo aparte.



CAPÍTULO II

MENÉNDEZ PELAYO EN EL EXTRANJERO

Queda dicho que fue Portugal el primer pueblo extraño visitado por nuestro joven. Con el entusiasmo que anima al rebuscador de oscurecidas glorias, que sabe han de redundar en beneficio de la patria, y con la incansable actividad literaria que distingue a Menéndez Pelayo, dedicóse a sondear los secretos de la rica literatura portuguesa. Recorrer bibliotecas, archivos y museos; he aquí la eterna ocupación de nuestro compatriota, inaccesible a la natural fatiga y hasta aburrimiento que trae consigo el prolongado estudio. Fuera prolijo enumerar los hallazgos literarios que hizo Menéndez en el vecino reino; pero cumple a mi propósito mentar alguno de los más principales. En el archivo de la Torre Do Tombo, que dirigía Antonio Oliveira Marreca, distinguido erudito y buen novelista, copió entre otras cosas el famoso proceso *de Damian de Goes*, protes-

tante portugués del siglo XVI; y en las Bibliotecas de Lisboa y de Coimbra encontró no pequeño número de obras desconocidas para los mismos bibliógrafos del país, y que omite Inocencio da Silva en su gran *Diccionario*. Con tan rara fortuna, al cabo y al fin, *amiga de los mozos*, como decía el gran Carlos V, no es maravilla que se viera Menéndez Pelayo agasajado y respetado por los varones más ilustres que hoy tiene Portugal. Trató mucho y sostuvo sabrosas pláticas con D. José María Latino Coelho, si detestable como político, merecedor de profundísimo respeto como literato. Es, como ha dicho el mismo Menéndez, uno de los *talentos más flexibles y universales de nuestra península*; a la par que las bellas letras sonle familiares las ciencias exactas, y bastára a justificar su gran fama, la traducción que hizo de Demóstenes precedida de un excelente ensayo sobre la civilización griega. Asimismo trabó amistad con el muy notable bibliógrafo Silva Tulio, con D. Antonio José Viale, distinguido helenista que se ocupa en traducir a *Homero*, y que ha puesto en verso latino algunos cantos de los *Lusiadas de Camoens*. Cuando Menéndez llegó a Portugal había ya muerto el ilustre poeta Antonio Feliciano de Castilho; pero trató mucho a su hijo el Vizconde, poeta muy elegante también, y autor de un buen drama acerca de *Inés de Castro*. A casa de Castilho iba con harta frecuencia otro hijo predilecto de las musas; el famoso Tomás Ribeiro, autor

de *D. Jaime* y de la *Delphina do mal*, obras de gran inspiración a pesar de la animosidad contra Castilla y del espíritu anti-ibérico que respira la primera de ellas. No fue causa sin embargo para impedir la sincera firme amistad que dispensó a Menéndez, desde la noche primera en que cambiaron el saludo. En Coimbra, por fin, departió largamente con el Dr. Ayres de Gonvea, obispo electo de los Algarbes, ministro que ha sido de Gracia y Justicia y traductor afortunado de las *Elegías de Tibulo*. Con rico acopio de peregrinas noticias, y dejando gratísimo inolvidable recuerdo en los literatos portugueses, regresó nuestro joven a Santander, donde permaneció un mes al lado de sus padres. Ocupóse de dar la última mano a varias obras que tenía en preparación, y salió inmediatamente para Roma.

Dotado Menéndez Pelayo no solo de un talento privilegiadísimo y de una prodigiosa memoria, sí que también de ese *quid divinum*, merced al cual se alcanzan a entrever las sublimidades del arte, y pensando de este según el dicho del pintor y poeta Salvatore Rosa.

«Que no retrata solo lo visible
«Sino que es fuerza que a las veces junte
«Lo que no tiene cuerpo y es posible,

Tardo y perezoso parecíale el andar de la locomotora que cruzaba con la velocidad del rayo los jardines de Italia: tal ansiedad tenía de visitar la ciudad Eterna. En ella pasó tres meses registrando con paciencia de benedictino la Biblioteca Vaticana, la Casanatense o séase la de la Minerva, la Barberina, la Corsiniana, etc., etc., en todas las que hizo utilísimos hallazgos, sacando copias de Códices olvidados, como por ejemplo: el *De artificio omnis scibilis* de Fernando de Córdoba, y descubriendo hasta catorce tratados inéditos de Arnaldo de Vilanova. Merecen indicarse por lo abundosos y peregrinos los documentos que acerca de la herejía de Miguel de Molinos encontró en la Biblioteca de la Minerva ya citada. Sus obras han de poner de manifiesto, y ya han empezado a poner, lo importante de tales pesquisas para la historia de la filosofía y las letras españolas, y muy especialmente para la de nuestros heterodoxos.

Ernesto Monaci, filólogo eminente, catedrático de lenguas y literaturas romances en la Universidad Romana, y señaladamente conocido *por su cancionero portugués del Vaticano*, dispensó a nuestro compatriota la más cariñosa acogida, no escaseándole plácemes y enhorabuenas por el feliz resultado de sus indagaciones bibliográficas.

Algún elevado personaje quiso presentarle al Sumo Pontífice, que lo era entonces Pío IX, de dulce memoria; negóse Menéndez Pelayo, y solo como católico fue en tres distintas ocasiones a besar los pies de la más grande majestad que reina acá en la tierra. Saboreando a su placer las memorables bellezas que la sucesión de los siglos han ido amontonando en los museos de Roma, divertida la mente a los grandes recuerdos que inspiran aquellas ruinas veneradas, en las que dejaron impresa su huella nuestros artistas, sin que la acción destructora del tiempo haya conseguido todavía borrarlas; encariñado hasta la exageración con las inspiradas obras de los clásicos, aliento y vida de las de nuestro joven; panegirista incansable de la antigüedad clásica; mirando, en fin, como propio aquel histórico suelo, que le hacía recordar los versos de un poeta italiano:

*«Ancor la gloria dell'eterna Roma
Risplende sì che tutte l'altre oscura».*

Llegó el día en que triste y meditabundo dio Menéndez Pelayo el adiós de despedida a la gran ciudad, yendo a sentar sus reales en la bella y populosa Nápoles. Aquí tenía ya nuestro compatriota un ilustre amigo; el Bibliotecario de la Nacional, Fornari, con quien había cruzado correspondencia latina. Es Fornari uno de los mejores prosistas italia-

nos contemporáneos; discípulo de Gioberti, profesa en filosofía doctrinas ontológicas, aunque no sigue al maestro en sus errores. Ha escrito un excelente tratado de estética *Del bello é de la poesía*, un curso no menos apreciable *Arte del dire*, y una obra magistral, la última en el orden cronológico, rotulada *Vita de Gesu-Cristo*; hermosa edición por cierto, que hace honor a las prensas de Florencia. Sorpresa grande fue la de Fornari al presentarse Menéndez Pelayo. Recordando las epístolas que le dirigió nuestro joven en un latín Ciceroniano y de muy subidos quilates literarios, creía ver en él uno de esos hombres encañecidos y aviejaados por el polvo de las Bibliotecas, y no un chico imberbe que frisaba por aquel entonces en los 20 años de edad. Algo parecido aconteció aquí a uno de nuestros mejores literatos. Fornari le presentó al segundo bibliotecario Scipione Volpice-lla, muy versado en la historia napolitana y conocido por su edición crítica de las poesías del *Tansillo*.

Allí copió, entre otras cosas, una carta inédita de Garcilaso, y descubrió un curiosísimo cancionero de poetas castellanos de fines del siglo XVI. Trató también al Doctor Bohemer, que trabajaba a la sazón en la misma Biblioteca, y que ha publicado una bibliografía de protestantes españoles del siglo XVI, muy bien hecha al decir de los doctos. Y como solo hemos prometido historiar a grandes rasgos la provechosa

expedición de nuestro amigo, trasladémonos con él a la ciudad de las flores, la hermosísima Florencia, vivamente impresionado con los recuerdos de la antigua Neápolis y su Vesubio;

*Fiero gigante,
Que por el golfo y la ciudad campea,
Desceñida la negra vestidura
Alto el airon que por el viento ondea.*

Llegado que hubo Menéndez a la patria del Dante, a quien debemos venerar como a padre de las letras, según el Abate D. Juan Andrés, y a la de Petrarca, digno de su coronación en el Capitolio, como dice Tiraboschi aunque hubiese escrito solamente sus poesías italianas y latinas, asistió a la *Escuela de estudios superiores*, de la cual era catedrático Comparetti, el eminente humanista, autor del *Virgilio en la Edad Media*. Asimismo descubrió un nuevo código de las *Cantigas del Rey Sabio* en la Biblioteca Magliabechiana. Fue extraordinariamente atendido por el viejo Ferruci, prefecto, o director que diríamos nosotros, en la Laurenciana, muy respetado por sus *poesías latinas*. Continuó su excursión por Italia, y detúvose en la triste y melancólica ciudad de Venecia. Visitó la Biblioteca de San Marcos, donde encontró el código de las lecciones *de ánima*, dadas en Pádua en los primeros años del siglo XVI, por el profesor averroista español, Juan Montes de Oca.

Llegó, finalmente, a Milán, en cuya Universidad explicaba literaturas neo-latinas P. Raina, autor de un excelente libro sobre las *Fuentes del Orlando Furioso*. Pero a quien trató con más intimidad fue al ilustre orientalista Antonio Ceriani, prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, y que tan magistrales trabajos ha publicado sobre los SS. Padres griegos. En aquella hermosa Biblioteca trabajó (en obsequio a la brevedad omito otros curiosos manuscritos) en un códice de Prudencio y otro de las Etimologías de San Isidoro, que presentaban algunas variantes.

De esta suerte, respetado y querido nuestro compatriota por los más insignes hijos de la nación italiana, que continuamente le dan pruebas de la alta estima en que le tienen, siguiendo

*la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido,*

trasladóse como de un vuelo a la capital de Francia.

Tan benévola acogida y no menos copioso caudal de conocimientos literarios que en las demás ciudades de Europa, ya mencionadas, recogió en París nuestro ilustres amigo.

Ni los atractivos que ofrece la hermosa ciudad que baña el Sena, ni las maravillas de su industria, ni las genialidades condiciones del pueblo francés, que

no deben estudiarse en los miserables copistas que traen a la escena española, donde se representaron los *Autos sacramentales* de Calderón, los resabios de la asquerosa literatura que se aplaude en *Mabille* y otros *coliseos ejusdem furfuris*, porque de esta suerte se desconocen las grandes virtudes de la nación vecina; nada, en fin, fue causa a que Menéndez olvidase el objeto de su peregrinación por Europa; es a saber: visitar Bibliotecas y conocer a los hombres de ciencia. Esto hizo en París, y vive Dios que con rara fortuna. Sería prolijo enumerar los documentos que descubrió en las de Santa Genoveva, en la del Arsenal, en la Mazarina, y especialmente en la Nacional; pero sí merece consignarse que en esta última encontró y copió el tratado de *processione mundi*, del arcediano Gundisalvo, panteísta español del siglo XII, preciosa adquisición para quien, como Menéndez, prepara una obra acerca de nuestro heterodoxos.

Encargado de la sección de místicos españoles en esta Biblioteca hallábase a la sazón, y con él departió muy mucho sobre el movimiento literario que se nota aquende el Pirineo, el reputado Morel Fatio, benemérito de nuestras letras, autor de un estudio sobre el *Poema de Alejandro*, muy celebrado por los doctos, y colector de un tomo de documentos históricos y literarios relativos a la España en los siglos XVI y XVII. También trató mucho en París a dos grandes amigos de Mila, el insigne provenzalista

Paul Meyer, que con tanto fruto continua los trabajos iniciados por Raynonard, y a Gaston París, autor de la notable *Historia poética de Carlo-Magno*, y representante como Meyer, de la nueva tendencia crítica, y del método histórico iniciado en Alemania por Grim y Diez, que se tiene por incompleto, pero a la par en alta estima, por ser una como protesta elocuentísima contra el prurito de *generalizaciones y conceptos* que priva hoy en determinadas escuelas.

Hízose, por fin, amigo del Conde de Puymaigré, a quien agradecen las letras españolas dos primorosos libros, «Los antiguos autores castellanos», y la «Corte literaria de Don Juan II», y en seguida salió Menéndez para los Países Bajos.

En Bruselas fue guiado en sus investigaciones por el archivero general Gachard, a quien debe nuestra historia del siglo XVI servicios importantísimos y preciosas colecciones de documentos, como lo prueban *El Retiro y muerte de Carlos V en Yuste*, la obra acerca de *D. Carlos y Felipe II*, y otras muchas cuyos títulos no recordamos. Con grande éxito trabajó Menéndez Pelayo en la Biblioteca nacional, sobre todo en la sección de manuscritos de los duques de Borgoña, dirigida por Ruellens, más tarde en la magnífica que posee la famosa Universidad de Lovaina, y por último, en la de Amberes, rica por extremo en libros españoles. Visitó después Gante, Brujas y Lieja, y salió para Holanda.

Estuvo primero en *La Haya*, cuya Biblioteca nacional examinó detenidamente, y salió muy luego para Leyden, donde trató al insigne orientalista Dozy, autor de la *Historia de los musulmanes en España*, y al bibliotecario du Rieu, famoso humanista, que ha hecho una nueva edición del libro *De Republica* de Cicerón, mucho más correcta que la del Cardenal Mai. Dedicóse, por último, en Amsterdam, viendo que la pública valía poco, a visitar las bibliotecas particulares, y fatigado de recorrer extrañas tierras, teatro para nuestro amigo de grandes glorias, volvió a su retiro a Santander. Irresistible su poderoso entendimiento al deseo vehementísimo de descubrir nuevos horizontes de que poder enseñorearse, fresca y lozana su prodigiosa memoria, en la cual cabe con holgura la labor intelectual que ha ido amontonando la sucesión de los siglos, formó propósito decidido de emprender nueva expedición por Inglaterra y Alemania; pero aconteció entonces la muerte del Sr. Amador de los Ríos, por demás sensible para las letras, y pensó nuestro amigo en ocupar el sillón de profesor que aquel su maestro dejaba vacante en esta Universidad. Hálo conseguido en pública gloriosa *oposición*, que hemos de historiar para remate de este trabajo.



CAPÍTULO III

LAS OBRAS DE MENÉNDEZ PELAYO

El primer libro de Menéndez, que tenemos a la vista, es el que intituló de esta suerte: *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*. Tres son, pues, las materias que abraza el libro de nuestro insigne amigo. Abundoso y rico en la parte que consagra a sembrar con verdadero lujo de erudición el campo de nuestra Bibliografía con peregrinas, nuevas y muy importantes noticias, hácelo por extremo interesante el brioso denuedo con que salió a la defensa de nuestra pasada cultura, vilipendiada entonces por uno de los más doctos escritores que cuenta en sus filas la escuela racionalista, acreedor por su ilustración, y por las bellas prendas de su carácter, a las universales simpatías que ha sabido conquistarse. Aludo al Señor Don Gumersindo de Azcárate, indigno de confundirse con esa turba multa de escritorzuelos que, a trueque de herir al catolicismo, sientan con terquedad inconcebible una y mil pro-

posiciones ridículas y absurdas, que rechazan, a una con la recta razón y el sentido común, las gloriosas páginas de nuestra incomparable historia. Pero como su hermosa inteligencia es víctima de graves preocupaciones, ocurrióse en mal hora verter este párrafo en unos artículos que publicaba en la *Revista de España* sobre *El Self Government* y *La Monarquía doctrinaria*. «Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá hasta darse el caso *de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos*».

Leyó estas líneas Laverde, el incansable panegirista de la Filosofía española; y como su salud no le consintiera refutarlas, dio tan horroroso encargo a Menéndez Pelayo, puesto que harto sabía la manera brillantísima con que había de defender *su causa* el abogado a quien se la encomendaba. Y sucedió lo que no podía menos de suceder; fallóse el pleito, perdiéronle, y con costas, los *temerarios* impugnadores de la ciencia española, y gallarda y majestuosa presentóse esta a la admiración de propios y extraños, luciendo sus más ricas galas, y mirando desdeñosamente a los prohombres del krausismo, atónitos ante el diabólico poder de su contrario, a cuya voz salieron del sueño del olvido «legiones de sabios de

todas clases que florecieron en España durante esos tres siglos, y cuyos nombres la fama, pasando callada sobre las cunas de sus ingratos hijos, repite todavía por los lejanos países, que conservan como cicatrices honrosas, los recuerdos de nuestra potente gloria». Todo esto ocurrió en lo que podríamos llamar *primera instancia*. Los condenados apelaron, y dieron plenos poderes al Señor Don Manuel de la Revilla, crítico muy conocido, de innegable agudeza, de nítido entendimiento, pero de carácter atrabiliario y mal humorado como pocos. Asido al faldón del frac del Sr. Núñez de Arce, eminente poeta lírico, pero que conserva tan decidida afición a las tres antecedentes centurias, como mostró en el discurso de entrada en la Real Academia Española, que leyó por entonces, pidió el Sr. Revilla desde las columnas de la *Revista contemporánea*, que se anulara la sentencia del inferior, y se declarase nula y de ningún valor la actividad científica de nuestros antepasados, víctimas de *todos los despotismos, de todas las intolerancias y de todas las supersticiones*. Cosas muy peregrinas alegó el Sr. Revilla para salir triunfante en su empeño; así dijo «que por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa somos mucho, en la historia científica *no somos nada*, y esa historia puede escribirse cumplidamente, sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heroicos marinos que descubrieron las Américas y dieron por

vez primera la vuelta al mundo. No tenemos, seguía hablando Revilla, un solo matemático, físico ni naturalista, que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia. «¡Maravilloso descubrimiento, exclamaba la *Ciencia española* por boca de Menéndez Pelayo!» El Sr. Revilla cree, por lo visto, que la historia de la ciencia se reduce a las biografías de seis, siete u ocho hombres prodigiosos: ellos dieron la luz; en los intermedios completa oscuridad. Una historia sería, añadía Menéndez, no puede escribirse de este modo. ¿Qué unidad ha de tener obra semejante? ¿Cómo ha de escribirse una historia de la astronomía saltando de Copérnico a Galileo, y de Galileo a Kepler y Newton, y de Newton a Laplace? Y en seguida brotaron como por encanto, evocados por Menéndez Pelayo, compatricios como *Nicolás Monardes*, *José de Acosta*, *Francisco Hernández*, y *Quer*, y *Mutis*, y *Cavanilles*, gritando desaforadamente: ¡bravo! ¡bravo! «Si por acaso se le ocurre al Sr. Revilla (que todo es posible), escribir una historia de la Botánica, fuerza es que *velis nolis* nos dé el puesto que de justicia se nos debe». Y la misma cantinela repitieron matemáticos tan insignes como *el Cardenal Silíceo*, y su discípulo *el doctísimo Hernán Pérez de Oliva*, *el aragonés Pedro Ciriuelo*, *Álvaro Tomás*, *Hugo de Omerique*, *Pedro Juan Monzó*, *Núñez*, y ciento y mil. Pero los que infundían pavora en el ánimo más varonil y de mejor temple, fueron los filósofos que, convertidos en *mito* por el Sr. Revi-

Illa con sin igual frescura, cayeron como una bomba sobre el desalentado crítico, que hubo de entregar los *autos* para que continuase la defensa a su antiguo maestro D. Nicolás Salmerón. Y cierto que este *hierofante, Pontífice máximo, Patriarca del krausismo, jefe reconocido de cofradía, personaje conspicuo, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana*, no ganó en la jornada el título honroso de «abogado de las causas perdidas». Comprendiólo así el Sr. Revilla, que de nuevo enristró la pluma, y arremetió brioso contra la inaguantable serenidad de Menéndez, sostenedor de que en otros tiempos valíamos hartos más que en los aciagos que corren. El catedrático de la *Central* hizo esfuerzos sobrehumanos, quizá *extralegales*, para salir airoso en su empresa; pero a pesar de su raro ingenio, por nadie con justicia contradicho, no halló argumentos más poderosos, que el de llamar una y otra vez a su rival *neo-católico, defensor de instituciones bárbaras*, y demás lindezas que constituyen la que Menéndez llamó con singularísima gracia, «Sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales». Bien es verdad, que fue idea felicísima la del Sr. Revilla, porque justificó esta hermosa profesión de fe que hizo nuestro respetado amigo. «Soy *católico*, no nuevo ni viejo, sino *católico* a macha-martillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en Santos, héroes sabios bastante

más que la moderna. Soy *católico, apostólico, romano*, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso, pero muy ajeno a la vez de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de este o del otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia. Estimo, cual blasón honrosísimo para nuestra patria, el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la *Inquisición*, como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él, sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas. Niego esas supuestas persecuciones a la ciencia, todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten, y tengo por de mal gusto y atrasadas de moda, lucubraciones como la del Sr. de la Revilla. No necesitábamos, en verdad, ir a Alemania, ni calentarnos mucho los cascos para aprender todo eso. Ya lo sabían los bienaventurados liberales del año 20».

Así las cosas, reunióse el severo e inapelable tribunal de la *Crítica*, dignándose absolver a la *Ciencia española*, de la demanda que contra ella interpusieron los Sres. Azcárate, Revilla y Salmerón, previ-

niéndoles al mismo tiempo que se abstuviesen en los sucesivos de emitir dictamen sobre asuntos que decididamente no eran de su competencia.

De todo lo cual resultó, no solo un desagravio a nuestro pasado intelectual, si que también un triunfo para la literatura patria, a cuya espléndida corona engarzó Menéndez Pelayo, el florón inestimable de su hermoso libro. Empezado el cual, ha dicho el ilustre P. Mir, no hay que soltarle de la mano. «Sin sentirlo, escribe el docto jesuita, va uno leyendo página tras página, y ya se indigna con el autor contra los despreciadores de nuestra antigua cultura; ya se sonríe al ver sacados a la vergüenza los disparates de nuestros modernos D. Hermóneges literarios, pronunciados con la mayor seriedad y aplomo del mundo; ya se exalta y entusiasma al mirar algunos rasguños no mas del cuadro de la grandeza intelectual de nuestros mayores; ya aplaude y oye con cariño los proyectos del autor para dar a conocer los tesoros de nuestra riqueza científica a los lijeros, aturdidos y descastados nietos de aquellos ilustres varones, y por cuyas virtudes e ingenio se levantó España a la cumbre de la mayor prosperidad y grandeza a que ha subido nación alguna, y de la cual, como bellamente decía en lúcido intervalo un escritor liberal, no nos queda más que el polvo, que pisamos con indiferencia».

No es maravilla que al inspirado autor del libro que venimos examinando, saludárale el gran orador D. Alejandro Pidal, de cuyos labios brota siempre un mar de elocuencia diciendo «que a concederle Dios larga vida, sería con el tiempo la majestuosa personificación de la *ciencia española* que se levanta en el último tercio del siglo XIX, para derramar sobre los hijos espúreos de la patria, que corren tras los fuegos fatuos de la impiedad extranjera, los raudales de luz que el sol de la verdad católica arrojó en tiempos más felices sobre el glorioso suelo español».

Hacemos gracia a nuestros lectores del destemplado artículo que *al cabo de los años mil* escribió el Sr. del Perojo, intitulado «*La ciencia española bajo la Inquisición*», y de la soberana respuesta que desde Venecia le enderezó el Sr. Menéndez Pelayo. Está muy próxima a salir a luz la segunda edición de la obra de nuestro amigo, tan extraordinariamente aumentada, que ha de formar grueso volumen. En él se podrán saborear esta y otras cartas no menos deliciosas, amén de la magistral que escribió al Sr. Valera sobre la «*Antoniana Margarita*» de Gómez Pereira. Y aquí será bien que terminemos este ligerísimo examen sobre el asendereado libro «*La ciencia española*», que lleva a la cabeza un notabilísimo prólogo de Laverde, y que paremos mientes en otra producción literaria de Menéndez, de muy diverso

género, pero no menos admirable y admirada que la anterior; hablamos de sus

Estudios poéticos. En ellos mostró Menéndez Pelayo el fervoso culto que rinde a la antigüedad clásica, en cuyas fuentes ha bebido a raudales el rico tesoro de soberanas bellezas que el tiempo no logra envejecer, y que han conquistado el númen poético de nuestro ilustre amigo. Trátase de un joven, no tan *hombre* como Menéndez Pelayo, y en verdad que sería peligrosa la afición que sin tasa ni medida profesa a la cultura pagana. Pero blindado a maravilla, es en él completamente inofensivo, lo que fuera para el vulgo de los mortales sobremanera pernicioso.

Mas este problema no hemos ahora de dilucidarlo, y vamos a pasar ligeramente la vista por la rica colección de poesías que dio Menéndez a la stampa con el modesto título que dejamos indicado. La mayor parte de las cuales redúcense a traducciones que no han perdido su prístina pureza al ser vertidas a nuestro idioma por la pluma de Menéndez Pelayo, elegantemente cortada a la manera clásica. Latinista y helenista de primer orden, conocedor profundo de varios idiomas modernos, especialmente del francés, inglés e italiano; la singular maestría con que maneja el nuestro, y la poderosa intuición con que se asimila la idea de lo bello, hácenle en extremo apto

para sembrar con las flores de extrañas literaturas, el jardín amenísimo de la poesía española.

Católico fervoso, abogado de la *Inquisición*, panegirista de los frailes por cuyo restablecimiento hace fervientes votos, ¿cómo traduce Menéndez Pelayo a Safo y Teócrito, a Catulo y Petronio, a Lucrecio y Byron, y no luce sus gallardas dotes en las soberanas concepciones de los grandes poetas cristianos? Este, que parece a primera vista raro anacronismo, no lo es en manera alguna. No confunde Menéndez lo *bello* con lo *verdadero* y lo *bueno*; entiende que la *forma* constituye el *alma* del arte; más aún, que sin ella no hay arte posible, y esclavo de este sentir, allí donde encuentra *belleza* la canta; y, si en un momento de entusiasmo se extravía y dirigiéndose a Horacio le dice: *La belleza eres tú*; muy luego, calmada la fiebre y, al pedir con ansia que torne *el sol del Renacimiento a iluminarnos*, añade:

«Pero otra lumbre
Antes encienda el ánimo del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos»

Téngase además en cuenta que, aunque perdidamente enamorado de lo clásico, sabe Menéndez velar con *amore* lo feo y dañoso que lleva en las en-

trañas la cultura pagana, y será forzoso absolver al poeta que no pocas veces sacrifica las exigencias del arte en aras de la moral, cuya balanza pesa más por fortuna en el ánimo de nuestro joven, que la muy seductora de la belleza.

En una admirable carta al Sr. Cueto que sobre los *Estudios poéticos* publicó en la *Revista de España* el insigne literato D. Juan Valera (llámola admirable, como hechura verdaderamente *clásica*, porque el fondo no es de mi devoción), decía «que su propósito al escribirla había sido corresponder a la amabilidad con que el Sr. Cueto le honró dirigiéndole la suya*, y dar también testimonio ante el público del extraordinario valer literario y poético de nuestro joven y modesto amigo».

El cual dice el Sr. Valera *ha sido tan delicado y circunspecto en la elección de composiciones para traducir, y ha sabido velar tan púdicamente algún pasaje un poco vivo, al verterle a nuestro idioma, que casi todo lo podría leer la más recatada doncella sin comprender lo pecaminoso*. Y lleva Menéndez las cosas a tal punto, que si bien traduce el idilio de Teócrito titulado *Oaristys, composición bastante viva y primaveral*, guárdase muy bien de transcribirle en los ejemplares destinados a la venta, que

* Alude a la que va a la cabeza de los *Estudios Poéticos*.

vieron la luz sin el diálogo de veras animado entre el boyero y la pastora. Reconoce por último el eminente literato la alta capacidad estética de nuestro joven, y añade: «El Sr. Menéndez tiene admirable facilidad para el trabajo: pero su ardor, su fuga, su impaciencia son más admirables, si bien le perjudican a veces. Se diría que todo lo quiere hacer a escape. Y en verdad que a escape lo hace todo. No se comprende de otra manera cómo en los pocos años que lleva de vida, ha escrito tanto, ha leído y ha aprendido tanto».

Componen la tercera y última parte del libro las poesías originales del autor, que no por los trillados caminos que sigue la generalidad, ha extendido su vuelo hacia las cumbres de la belleza. «Hasta el día de hoy, escribe el Sr. Cueto, soñar con los aplausos científicos o literarios en los albores de la juventud, escribir versos, afanarse por alcanzar triunfos en las aulas, esa es la historia honrosa de casi todos los estudiantes que sienten hervir en su pecho el ansia de la gloria. Pero encerrarse sin tregua ni descanso (prosigue el ilustrado académico) desde la edad de catorce años en archivos y bibliotecas, para buscar, oscuro, reflexivo, incansable, sin excitación ni vigilancia de parte de la familia, sin la menor distracción mundana, no los medios fáciles de lograr desde luego halagos y estímulos del amor propio, sino las

verdaderas y primordiales fuentes del saber, esta es la historia única y exclusiva de Marcelino Menéndez». El cual ha sabido robar al arte greco-romano, los primores de su incomparable forma, la sobriedad de su pensamiento, la tersura de la dicción y lo elegantísimo de sus giros, como lo muestra cumplidamente su famosa *Epístola a Horacio*, que por sí sola hace la reputación de un poeta, y que trasladamos a continuación para solaz de los amantes del buen gusto.

Dice así:

EPÍSTOLA A HORACIO

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino;
En sus hojas doquier, por vario modo,
De diez generaciones escolares
A la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latín sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados,
Y *addenda* y *expurganda* y *corrigen*da;
Todo mezclado con figuras toscas

De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algún ocioso en solitarios días
Trazó con tinta por la margen ancha
Del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edición rica y suntuosa;
No salió de las prensas de Plantino,
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
Ni Estéfanos, Bodonis o Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
Ad usum scholarum destinole
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela,
Ajado y roto, polvoroso y sucio,
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lacio el ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,
A cuántos quitó el sueño ese volumen,
Lidiando siempre por alzar el velo
Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
A quien perseveró en la ruda empresa,
T cuánto de sudor y de fatiga
A ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar a tu contacto
Miles de ideas en algún cerebro;

Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo
El ritmo universal le revelaste.
Por ti la antigüedad surgió a sus ojos;
Por ti Venus Urania, de los cielos
Bajó a las mentes de adorarla dignas,
Y allí habitando, cual perfecta idea,
Dio vida a su pensar, norma a su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,
Al armónico son de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante,
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente,
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas.
¡En Olimpia, cien carros voladores,
En las ondas del Adria, la tormenta,
En el cielo, de Júpiter la mano,
La Náyade en las aguas de la fuente,
Y allá en el bosque tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,

Por quien los áureos venusinos metros
En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo!

Yo también a ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio;
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoza el alma.
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano:
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que a los cielos toca,
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El *Otium Divos* que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú; tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona las preesas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindiote Jonia las melosas voces
Con que Anacreon arrulló a Batilo,
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante
Y al vencedor en la cuadriga rauda;
Del enemigo de Licambo hubiste

El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con fêrvidos amores
a bien trenzadas vírgenes lesbianas,
Y el son de Alceo entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste,
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concisión, secreto de tu numen.
En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía;
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley que a los helenos
Las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
¡Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;
Eterna juventud, vigor eterno,
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía!
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al sicambro y al escita,
O al germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De teutones y esclavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por ti no pronunciables,
Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
El habla de los Dioses enturbiando,
Tu nombre borrarían?

Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio o del dorado Tajo.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio,
Yo soy latino y adorarte quiero;
Anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente
Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y a los tormentos inmutable torne;
Que entre las ruinas del vencido mundo
Caiga el atroz Catón, nunca domado;
Que Druso a los Vindélicos aterre,
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada;

Que las torres de Ilión maldiga Juno,
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inicuo juez y la extranjera;
Que de Palas la égida sonante
A los Titanes otra vez resista;
Que las Danaides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos;
Que el níveo toro, a la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada Ninfa;
Que los corceles del rugiente trueno
Lance el Saturnio por el aire vago,
Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varón constante.

¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu añejo vino,
A Baco ver entre escarpados montes,
A Fauno amante de ligeras ninfas,
A Hermes facundo y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques,
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lidias y Gliceras
Posar la frente, al declinar la tarde,
Orillas de la fuente de Blandusia;
O ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilón con ímpetu sacude,
Amansar su rigor y su soberbia;
O volar con la nave de Virgilio
Que hacia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El *Eheu Fugaces* que cual sueño vuela,
El *Carpe diem* que al placer anima,
El *Rectius vives* que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasipo conversar y Davo,
Reírme de epicúreos y de estoicos,
Viajar a Brindis, escuchar a Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo a los Pisones.

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego
Y dancen cual las ninfas desceñidas
Que con rítmico pie baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre
Disípanse otra vez. ¡Torne el radiante

Sol del Renacimiento a iluminarnos;
Cual vencedor de bárbaras tinieblas
Otro siglo lució sobre el Oriente,
Los pueblos despertando a nueva vida,
Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo solo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos, formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánimo del vate;
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la *armonía*!
Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocose
Más de un templo gentil purificado.
¡Adiós, adiós, monarca de la lira!
En vano el Septentrión hordas salvajes
De nuevo lanzará; sobre las ruinas
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel e innúmeras erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.

Santander 28 de diciembre de 1876.

Ni una palabra más sobre los *Estudios* poéticos; y pues que en este ligero examen de las obras de Menéndez, prescindimos de todo orden y método, digamos cuatro palabras siquiera sobre el estudio importantísimo que leyó al graduarse de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras en esta Universidad, y que lleva por título, *La novela entre los latinos*. No era este tema uno de tantos casi ya agotados por la crítica contemporánea; antes bien diríase, que no otra cosa sino profundo desdén e invencible repugnancia había inspirado a los literatos del siglo. Tomóle Menéndez por su cuenta, y con implacable erudición, atinada crítica y exquisito gusto, hizo atractivo por extremo un estudio *de los menos interesantes que pueden ofrecerse en el vasto y amenísimo campo de las letras clásicas*. Para justificar el título de Novelas que da a las dos obras latinas que pretende examinar, *El Satyricon* de Petronio y *El Asno de Oro* de Apuleyo, hace importantísimas reflexiones sobre el concepto y significación artística de este género literario; refuta con irrefutable lógica algunas definiciones que sobre la Novela se han dado; enseña a continuación lo que *constituye la obra poética*, de acuerdo con su maestro Milá; reseña con claridad suma el origen e historia del género que nos ocupa, antes de su aparición en Roma; niega los fundamentos en que se apoyan los que creen ver grande identidad entre el *Satyricon*

con y los *Codicilos de Petronio*, de cuya primera obra (dice Menéndez) es común opinión entre los doctos, que apenas se conserva la décima parte. Menciona quiénes y en dónde han tenido la suerte de hallar algunos fragmentos, sin olvidar la frescura que en el asunto mostró Nodot, y muy especial y más habildosamente, nuestro compatriota el abate Marchena. Entra después a describir el argumento, pero antes dice: «A la superior ilustración del Tribunal no se ocultará que forzosamente ha de ser incompleto el análisis que yo haga de la obra de Petronio. Tal como le conocemos, presenta el *Satyricon* inmensas lagunas que truncan la narración, y cortan en cien partes el hilo de la fábula. Además, los incidentes suelen ser de tal naturaleza, que vale más cortar el nudo, que entretenerse en desatarle. Trozos hay por los cuales pasaré como por ascuas; otros, que ni citaré siquiera. Los jueces comprenderán la causa de mi silencio. Sobre todo, procuraré no aludir siquiera a una espantosa abominación de los antiguos, que en ninguna parte aparece con tan horribles caracteres, como en este libro. *Nec nominetur in ore nostro*, tal es el consejo de la Escritura en este punto. Concluye diciendo que se ha aplicado a Petronio el dictado de *auctor purissimæ impuritatis*, sobre lo cual escribe el siguiente párrafo:

«En efecto, el *Satyricon* está lleno de obscenidades, y en él se describen escenas en alto grado repugnantes. Esto ha dado lugar a acerbos, pero justas censuras, y también a proposiciones extremadas. Han dicho eminentes críticos, que el libro de Petronio no debe ser leído, ni siquiera nombrado*^{*}; han añadido otros que un hombre de bien no debe confesar nunca haber hojeado autor semejante: cosa que en verdad no entiendo, pues si lo ha leído, ¿por qué negarlo? No me admiraría encontrar estas exageraciones en los admiradores de *Le Ver Rongeur*, en los piadosos secuaces del abate Gaume, pero me admira que lo haya dicho Voltaire, autor del *Cándido*, de la *Pucelle*, y de otras obras que ni citarse pueden; me extraña todavía más verlo acogido por uno de los críticos más eminentes de nuestro siglo, por el insigne Villemain, y solo me lo explico considerando que hablaba desde su cátedra de la Sorbona. Enhorabuena que no sea libro a propósito para correr en manos de niños y de doncellas; sería una profanación introducirle en la enseñanza: nadie ha pensado en semejante desatino; es hasta un crimen traducirle a las lenguas vulgares: y considero como timbre de gloria el que nunca lo haya sido a la nues-

* VILLEMAIN, *Tableau de la littérature du XVIII^e siècle*, trenteneuvième leçon.

tra, pero ¡dejar de leerle un literato! ¡avergonzarse de haberlo leído! Este libro, en sus dos terceras partes, es casi inocente; yo he podido hacer su análisis casi por entero, sin aludir siquiera a sus torpezas. Es una joya literaria, ejemplar de un género que apenas tiene modelos en la antigüedad; es el cuadro de costumbres más completo que de una época nos queda; y encierra, considerado en absoluto, bellezas eternamente dignas de admiración y estudio. Califiquemos al *Satyricon* de obra, en parte, perversa, pero no peligrosa; otras menos execradas encierran mayor veneno. Los escándalos que describen suelen ser tan increíbles, tan apartados de las costumbres de la sociedad moderna, que muy depravada ha de ser el alma del lector, para que en él hagan mella tales narraciones. Muy pervertida debe de estar la mente, y muy seco el corazón de quien vaya a buscar en ese libro la ciencia del libertinaje. Debemos acercarnos a él con el mismo respeto que a un cadáver, porque en esa novela está encerrada la sociedad antigua con todas sus abominaciones y sus miserias. Aquella sociedad murió hace siglos; la palabra escrita, símbolo de sus pensamientos, vive solo para nuestra enseñanza y ejemplo. La justicia divina exterminó a aquel pueblo cargado con el peso de sus iniquidades. ¡Tremenda lección, ejemplo saludable! Estudiemos, pues, los despedazados fragmentos del

Satyricon, que sin duda reservó la Providencia para mostrarnos a qué grado de maldad puede descender la corrompida naturaleza humana, y bendigamos a Dios, que borró para siempre de la haz de la tierra aquel pueblo y aquella civilización».

A renglón seguido, entra a estudiar *El Asno de Oro de Apuleyo*, logrando sostener el ánimo del lector, tan cautivado como en la primera parte del trabajo. Véase en prueba a qué linaje de consideraciones se entrega Menéndez Pelayo, dando cima gloriosa a su importante obra.

«Tales son los escasos y no muy granados frutos que este género produjo entre los Romanos. Y presenta, no obstante, singular interés su estudio que, unido al de los satíricos, puede darnos el cuadro fiel de la sociedad antigua, en el momento de verificarse la transformación moral, que había de dar por resultado una grande y poderosa civilización, fundada en las ruinas de la antigua, pero animada por un nuevo y fecundo soplo de vida. En estas novelas, obras, si se quiere, medianas, libros de decadencia, está vivamente retratada aquella sociedad, corrompida hasta los huesos y sin fuerzas para levantarse del cieno en que sus crímenes le habían sumido. Estos novelistas no son profetas de nuevas ideas; no lloran tampoco sobre las ruinas de lo pasado; se limitan a reproducir

lo que ven, con escrupulosa fidelidad, y ni siquiera se cuidan de templar los colores para que el cuadro no aparezca en toda su horrible desnudez. Por esto mismo son de mayor utilidad para el historiador; nada hay en ellos de convencional y de ficticio, nada de hipócritas medias tintas; escudados con la lengua en que escriben, no rehúyen la exposición de todo linaje de torpezas, y esto que, moral y literariamente considerado, debe ser motivo de gravísima censura, es útil, sin embargo, en cuanto manifiesta la profundidad del abismo a que puede descender una sociedad halagada con todos los dones del poder y de la fortuna, sabia e ilustradísima como pocas en el mundo, pero en la cual se han extinguido las creencias y se ha apagado la luz del sentimiento moral. Porque es en vano pretender que viva una sociedad sin creencias, y la moral, que no está enlazada con ningún dogma, tiene que ejercer poquísima influencia en el ánimo de los pueblos. En vano se pretenderá fundar la moral en axiomas filosóficos y en *imperativos categóricos*: la experiencia demuestra que la moral no sale de las escuelas de los sofistas, sino de las entrañas vivas de las creencias nacionales. Faltaron en Roma estas creencias, y ni los estoicos, ni los epicúreos, ni los académicos, lograron imponer a aquella sociedad saludable freno, porque los libros de Zenon, de Cleantes, de Panecio o de Crisipo, po-

dían educar algunas inteligencias aisladas, y conducir las por la senda de la verdad y del bien, pero no influir de un modo directo y poderoso en el alma del colosal imperio romano. ¿Y qué podían enseñar unos hombres que dudaban, cuando menos, de la inmortalidad del alma, y presentaban como remedio supremo a todos los males, la infame cobardía del suicidio? ¿Qué moral había de fundarse en la doctrina epicúrea, sino aquella de *«comamos y bebamos, y coronémonos de rosas, porque mañana moriremos?»*. Y si dirigimos la vista a los estoicos, ¿de qué sirvieron al mundo las estériles virtudes de Catón, de Tráseas o de Helvidio? ¿A qué idea obedecían esos hombres? ¿Qué principio regulaba sus acciones? ¿Quién podrá descubrir la filosofía ni la moral práctica de los estoicos en las contradicciones de que están llenos los libros de Séneca? Solo a morir se aprendía en las escuelas de los filósofos; nadie enseñó a vivir para utilidad de sus semejantes. ¿Y qué valen esas muertes fastuosas, rodeadas siempre de cierto aparato teatral, al lado de las muertes sublimes de tantas mujeres, niños y ancianos como, en nombre de la idea cristiana, lanzáronse al martirio, sin pensar siquiera que el mundo había de recordar sus nombres?».

Esa sociedad romana, agonizante y moribunda, continua Menéndez, es la que describen los dos novelistas mencionados. Petronio, con la tranquila sa-

tisfacción del que vive en el desorden y participa de él, Apuleyo con ciertas vislumbres de falso profeta y de restaurador de creencias antiguas. Y es que por instinto comprendió que aquella sociedad no tenía otra cura que el sentimiento religioso, y como las creencias romanas no encontraban albergue en corazón alguno, fue a buscar en los misterios egipcios algo que calmase la sed de creer que todos imperiosamente sentían».

«No menos provechosa enseñanza ofrecen ambos libros, considerados bajo el aspecto literario, que aquí especialmente nos ocupa. Nuestra sociedad, enferma casi del mismo mal que la romana, tiende con más vehemencia cada día, al arte *realista*, expresión suprema de todas las épocas de descomposición, de todas las literaturas en decadencia. Pus bien, *el Satyricon*, *el Asno de Oro*, muestran el último término de ese arte, sostenido en Petronio por un talento prodigioso en medio del lodazal inmundo en que se arrastra con frecuencia. Útil fue siempre el escarmiento en cabeza ajena. Petronio, grande escritor, prosista inimitable, elegante poeta, ha dejado, en vez de un recuerdo glorioso, un nombre manchado con eterna infamia. El, tan puro, tan correcto, es con todo un escritor de mal gusto, no en la superficie, sino en el fondo; no en las palabras, sino en las ideas; lo es, sobre todo, por la pintura monstruosa del desorden, que exagera acaso. Y si en las letras

la perfección y la divina armonía de la forma, son cualidades que bastan a perdonar inmensos yerros, al cabo aparecen como inferiores y subordinadas a la pureza del sentimiento, a la grandeza de la idea. ¡Admiración para el brillante ingenio de Petronio, pero maldición para ese arte que se complace en destruir y enervar las generosas aspiraciones de la cabeza, los nobles impulsos del corazón; arte que degrada y envilece la humanidad, que tiñe con horribles colores el cuadro social, sin presentar la triaca al lado del veneno, el remedio en pos de la dolencia, la luz de la esperanza en medio de las tinieblas de la desesperación y de la duda! La pendiente es inevitable. Del arte *realista francés*, solo hay un paso al *realismo* de Apuleyo y de Petronio: mayor decoro en la forma: quizá más ponzoña en el interior».

Lo copiado muestra el mérito altísimo de la *No-vela entre* los latinos; ahora reclama poderosamente nuestra atención otro libro de Menéndez; el intitulado *Horacio en España*.

Precioso es renunciar a dar idea de este hermoso volumen, que con excesiva modestia llama nuestro respetado amigo *pasatiempo bibliográfico*. Sería para ello necesario, como un crítico ha dicho, escribir un compendio de la historia de nuestra poesía lírica castellana, portuguesa y gallega. Trata primero de los traductores castellanos del poeta Venusino, hace

luego notar la decadencia de la poesía castellana, precisamente cuando comenzaba el furor horaciano, *por cuya razón apenas hay versiones del lírico romano en lengua lemosina*; hace mérito con elogio de la traducción del *Beatus ille* hecha en verso gallego por el difunto catedrático de Orense Sr. Mosquera; pasa después revista a los traductores portugueses de Horacio, y entra en el campo amenísimo de nuestra lírica nacional, para ver hasta qué punto se inspiraron sus cultivadores en las obras del poeta de Venusa. De aquí arranca la parte más amena del libro, que no se lee, se devora hasta saborear el delicioso *Ul-tilogo* en que Menéndez ha derramado a manos llenas sus inagotables recursos de buen gusto, y con que dio remate a su honroso empeño. Con el cual se propuso, él mismo lo manifiesta,

1º. Dar materiales al primer erudito que emprenda la formación de una *bibliografía general horaciana*, ya que un libro de erudición, por incompleto y mal hecho que sea, es siempre más útil que los preliminares y los *conceptos* y la *síntesis*, sartas empalagosas de lugares comunes, humo y polvo que el viento se lleva».

2º. «Descubrir una fase de los estudios humanísticos en nuestro suelo, y hacer la historia de una parte de nuestra poesía lírica».

3º. «Acopiar algunas noticias para uso del primero que a conciencia quiera tratar el punto de *¿cómo ha sido y debe ser la poesía lírica en España?* Léanle cuantos no le conozcan, y harán coro al Sr. Valera, que después de impugnar algunas opiniones de Menéndez Pelayo, y de echarle en cara que faltaba a la justicia siempre que decía algo de Quintana, escribe juzgando este libro: «A pesar de las tendencias retrógradas que se notan en sus escritos, y que más propias son del viejo, *laudator temporis acti*, que de un joven, que debiera estar contento de lo presente y lleno de esperanzas en lo porvenir, la erudición extraordinaria, el recto juicio, ofuscado rara vez, y el vigor poético del señor M. Pelayo, nos pasman y enorgullecen como españoles». Oigamos a Morel Fatio: «Horacio en España es uno de los mejores estudiosos literarios que se han publicado en España en este siglo»*.

Un recuerdo por último a los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*.

Este amenísimo libro, que dedicó Menéndez al Ayuntamiento de su pueblo, escribióle también, según él mismo confiesa en las Advertencias preliminares, cediendo a benévolas insinuaciones de su

* Morel Fatio en su libro *L'Espagne au XVI et XVII Siècles*, (Bonn, 1878).

insigne amigo Laverde. Sería temerario hacer de nuestra propia cosecha la menor indicación sobre el mérito de esta producción literaria de M. Pelayo, cuando está tan magistralmente juzgada por el sapientísimo Milá, que en la afamada revista, el Polybiblion, escribía lo siguiente:

«El autor de esta obra es un verdadero prodigio de precocidad. En 1872 ó 73*, cuando no tenía más que 16 ó 17 años, podía contársele ya entre los primeros bibliófilos españoles. Desde entonces acá ha publicado muchos ensayos, todos notables por su estilo correcto, su vasta erudición y su juiciosa crítica; figuran entre ellos una tesis doctoral acerca de los clásicos novelistas latinos, un escrito apologético acerca de los sabios españoles de los últimos siglos, y algunos artículos tomados de su *Diccionario de traductores españoles*, obra de extraordinaria trascendencia, a la que siempre se dedica y que está llamada a completar sino a absorber la de Pellicer.

El volumen que anunciamos es el primero de una serie acerca de los escritores montañeses, esto es, de la ciudad y de la providencia de Santander, patria del autor. El nombre del primer escritor que ha elegido no es por cierto desconocido en Europa.

* Época en que era discípulo del articulista.

D. Telesforo de Trueba y Cosío (1798-1835), que había escrito algunos ensayos en su propia lengua, educado en un colegio inglés y emigrado desde 1823 en Inglaterra; obtuvo en su tiempo una verdadera celebridad por sus obras escritas en la lengua de Bryon y Walter Scott. M. Menéndez examina en todos sus pormenores la *Hija de Gómez Arias o los Moriscos de la Alpujarra, el Castellano o el Príncipe Negro en España y las leyendas históricas españolas*, principales obras del autor, y hace una completa enumeración de sus demás obras, casi todas narrativas o dramáticas, y que juzga más rápidamente. El joven escritor demuestra una imparcialidad ajena de su edad: preciosa cualidad para un crítico (algunas veces le llamamos algo frío con respecto a Walter Scott), sobreponiéndose a las influencias del espíritu patrio y del amor al asunto de sus escritos. Las conclusiones que saca de sus estudios son tan sólidas como penetrantes; Trueba fue un hombre de buen gusto y de gran talento, más que un poeta original; es uno de los escritores más notables entre los de segundo orden, y fue el primero en propagar la afición a las tradiciones españolas entre el público general de Inglaterra y de los demás países donde se tradujeron sus obras, dando ejemplo y estímulo a los poetas españoles que siguieron su camino. El crítico añade que Trueba aprovechó principalmente la oportunidad para sus escritos: el tiempo, el género, los asuntos, el idioma,

todo contribuye a que sus obras alcanzasen el mayor éxito posible. Las traducciones a que nos referimos eran ya conocidas en Inglaterra, pero, como advierte oportunamente Menéndez, en un círculo restringido de *Hispanistas*. Trueba tuvo por auxiliar y quizá por predecesor a Lokart, yerno de W. Scott, célebre traductor del Romancero.

La obra de M. Menéndez, llena de una erudición algunas veces disgresiva, pero siempre motivada y clara, nos parece que agota el asunto. En uno de sus apéndices, el autor nos habla de un hermano de Trueba, estimable poeta lírico francés, cuyo nombre como escritor es un verdadero descubrimiento de nuestro joven y diligente crítico».

La pluma inspirada de *Juan García*, el autor de *Ave, Maris Stella*, y tantas otras joyas literarias que no desdeñarían firmar los grandes prosistas de nuestro siglo de oro, hizo también cumplida justicia al trabajo de nuestro amigo, hablando del cual escribía en un admirable artículo que publicó en el periódico *La Época*:

«Mostrar el juicio antes que el bozo; acreditarse de sabio no habiéndose despedido aún de escolar; apurar la erudición sin consumir los años; adelantarse al tiempo sin saltar edades ni abreviar la vida; dar el fruto a par con la flor; hacerse el pensamiento

con la seguridad, y firmeza, y sazón de su virilidad y madurez en medio de las lozanías y calor de la primavera; tener de hombre el ánimo y la cordura, los propósitos y el discurso, conservando de niño el corazón, y su nobleza, y sus ambiciones, y sus abandonos; si no es señaladísimo favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la naturaleza».

Nada decimos sobre los infinitos artículos críticos que andan por varios periódicos y revistas; algunos notabilísimos, como los que siempre hanle inspirado las obras de su ilustre amigo y paisano, el inimitable Pereda; pero permítasenos una consideración para concluir: «En todos los libros se encuentra bueno, mediano y malo, dijo Marcial; lean nuestros lectores los que ha dado a luz Don. Menéndez Pelayo, y cierto que no suscribirán al dictamen del poeta latino».

Más antes de pasar al capítulo que ha de poner fin a este nuestro modestísimo trabajo, echemos una ojeada sobre las obras que tiene en preparación nuestro ilustre amigo. Pero adviértase que no se trata de proyectos que fantaseen por su mente, de dudosa o por lo menos lejana realización (que pocos españoles vivirán sin acariciarlos), sino de empresas atrevidísimas y por extremo difíciles, algunas ya muy próximas a la imprenta, y reunidos los materiales

con que han de elaborarse los restantes. Merece citarse en primer término la *Historia de los heterodoxos españoles desde Prisciliano a nuestros días*, que será digna de colocarse al lado de la que sobre los herejes italianos escribió Cesar Cantu, a juzgar por los tres incomparables capítulos que, por dicha suya, ha escuchado con asombro la Academia de la Juventud Católica de Madrid; viene luego *La biblioteca de traductores españoles*, tesoro de erudición biográfica y bibliográfica; «*La historia de la Estética en España, La historia de la filosofía española; El bosquejo de historia científica y literaria de los jesuitas españoles desterrados a Italia por Carlos III; la continuación de monografías de ilustres escritores montañeses, inauguradas con la referente a Trueba y Cosío, a la cual seguirán, Dios mediante, la de San Beato de Liébana (siglo VIII), comentador del Apocalipsis y polemista teológico contradictor de la herejía de Félix y Elipando*».

La de Fr. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo (siglo XVI).

La de Juan de Herrera, el arquitecto del Escorial, no como tal, sino como adicto a la filosofía luliana y autor de algunos opúsculos en este sentido.

La de D. Bernardino de Escalante (siglo XVI), famoso tratadista de arte militar y de política.

La del P. Martín del Río, que aunque nació *por casualidad* en los Países-Bajos, fue hijo de padres montañeses.

La de D. Antonio de Mendoza, poeta lírico y dramático del siglo XVII.

La de D. José Gerardo de Hervás (el famoso Jorge Pitillas), de cuyo nacimiento *montaraz* tiene Menéndez algunos indicios.

La de D. Rafael Floránes y Vélez de Robles, incansable erudito y escritor fecundísimo (sig. XVIII).

La de Fr. José de la Canal, uno de los continuadores de la España Sagrada (siglo XIX).

La de D. Carlos Laserna (siglo XIX), bibliógrafo notable por su «Diccionario de incunables», y muy conocido; pero quizá antes vean la luz otra serie de *Polígrafos Españoles* que inaugura *Juan Luis Vives*, en pos del cual vienen *Los humanistas del Renacimiento*, *Los humanistas*, y *Los poetas hispano-latinos antiguos y modernos*. Por último, en menos de dos semanas, precisamente en los días en que se preparaba para oposición a la cátedra vacante en esta universidad, tradujo el *Prometeo de Esquilo*, con una fidelidad tan escrupulosa y por tan bellísima manera, que su lectura hizo el encanto, pocas noches ha, de los concurrentes a

la amenísima tertulia de un noble Prócer*, diligente cultivador de las letras patrias.

Y ahora pregunto yo: ¿habrá quién dude que Menéndez Pelayo es uno de esos dichosos mortales, *rara avis*, que de cuando en cuando suscita la Providencia para que descuellen sobre el nivel de los más encumbrados? ¿Les hay? Pues ni siquiera le honro con mi desprecio; solo me inspira profundísima compasión.



* Se alude al Excmo. Sr. Marqués de Heredia.

CAPÍTULO IV

LAS OPOSICIONES DE MENÉNDEZ PELAYO

Demos por historiada la reñida batalla que sostuvieron en los cuerpos colegisladores varios de sus más ilustres miembros, defendiendo un proyecto de ley que permitía ingresar en el Profesorado a la edad de 21 años: la ley fue un hecho, y Menéndez pudo aspirar a la cátedra de *Historia de la literatura*, que ocupó en esta Universidad su erudito maestro el Sr. D. José Amador de los Ríos. Y cuenta que merced tan señalada no la obtuvo nuestro amigo de tal o cual determinado partido político: los infinitos que pugnan por hacernos felices, podían decir, hablando de Menéndez Pelayo, *nec beneficio nec injuria cogniti*; y sin embargo, unidos a Pidal, el O'Connell español, y a Pérez Hernández, digno compañero suyo, dieron su voto, y antes el concurso poderoso de su autorizada palabra, diputados tan poco ultramontanos como el Sr. Gamazo, honra de nuestro foro, y sena-

dores como el omnisciente D. Juan Valera. Prueba acabadísima, de que el joven montañés traspasaba los límites a que solo llegan los escogidos, cuando su nombre era bastante a enlazar voluntades siempre separadas por hondo abismo; raro caso entre nosotros, donde hasta la soberanía del talento, la más hermosa de las soberanías, ha de ir uncida, so pena de ser contradicha, al demonio de la política. Pero suspendamos estas consideraciones, y recordemos los tres ejercicios en que consistieron las oposiciones de nuestro ilustre amigo.

Llegó el día en que iba por primera vez a medir sus armas, y los claustros de la Universidad no podían contener la inmensa concurrencia, que acudió ávida de conocer y de juzgar por propia cuenta a Menéndez Pelayo; allí la flor y nata de lo que Madrid encierra de notable en literatura y ciencias; gran parte del Claustro Universitario; políticos que llaman eminentes; escritores elocuentes; individuos de varias Academias; no pocos estudiantes, y el natural acrecentamiento que presta a todo linaje de solemnidades la inacabable turba-multa de los desocupados. En presencia de los cuales, y previa invocación a la Santísima Trinidad que hizo Menéndez, retrotrayendo los actuales tiempos a los felicísimos en que no se acometía bajo este cielo ninguna empresa, sin pedir antes el auxilio Divino, explicó las

diez preguntas que, sacadas al azar, constituyen el primer ejercicio de oposición, según reza el Reglamento. Tocóle por suerte hablar de la gigantesca figura de *San Leandro de Sevilla, considerado como orador*, que tan principalísima parte tuvo en el gran negocio de la conversión de los godos al catolicismo, y a cuyas instancias se reunió el célebre concilio Toledano, testigo de la adjuración del arrianismo que hiciera Recaredo, y de la elocuencia de nuestro Santo, a quien escribía San Gregorio el Grande: «Yo me encuentro casi ahoga entre las ondas del Episcopado, y busco en vuestra intercesión una tabla donde asirme, para que ya que no merezca llegar con la nave entera a salvamento, pueda al menos arribar al puerto apetecido, después de los quebrantos del naufragio»; de *San Eugenio de Toledo considerado como poeta*, que tanto enriqueció la literatura en unos tiempos de general ignorancia y menguada cultura; de *las causas de la decadencia de nuestra poesía lírica en el siglo XVII*, que no las ve Menéndez en la consabida *Inquisición* ni demás lugares comunes que para la resolución del problema ahora se estilan; hizo el examen crítico de la *Celestina*, tan justamente celebrada por Gervinus en su *Historia de la poesía alemana*; discurrió sobre las «influencias árabes y rabínicas en la literatura del siglo XIV»; juzgó a *Calderón y su teatro*, con criterio muy poco ultramontano por cierto; explicó el estado de *la poesía épico-histórica a principios del siglo XVII*; dijo

las partes en que se divide la literatura española, y dedicó por fin el tiempo restante a describir la influencia de Góngora y su escuela, y a reseñar los *primeros historiadores de Indias*; materias todas que trató Menéndez Pelayo con tal alarde de erudición y con tan soberana maestría, que dióse el caso, nunca visto ni oído, de que los aplausos del auditorio ahogasen la voz del opositor, que vertía a torrentes el caudal del inmenso de su saber inagotable. Excedió las esperanzas de los que creían conocerle a fondo; muchos que fueron prevenidos en contra suya, por lo difícil que son de *tragar* las *fenomenalidades*, hacían coro a sus más fervorosos panegiristas; alguien hubo que, sin darse por costumbre a la exageración, y sabiendo apreciar el mérito altísimo de los literatos que componían el tribunal*, dijo a quien esto escribe: «Los mismos jueces han aprendido, y no poco, esta tarde».

De esta suerte inauguró su oposición nuestro ilustre amigo. La ansiedad por volver a escucharle crecía por momentos. No olvidarán ciertamente los que asistieron al segundo ejercicio, la impresión que causó en el ánimo de todos esta lección admirable,

* D. J. Valera, Presidente, y Vocales, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Manuel Mila y Fontanals, D. Cayetano Rosell, D. Manuel Cañete, D. Tomás R. Rubí y D. Francisco Fernández y González.

que con puntos y comas tenemos grandísimo placer en trasladar a este escrito, para que nuestros lectores admiren sus inenarrables bellezas.

Dice así:

HUMANISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

Abraza esta lección una breve reseña de la literatura latino-hispana, o sea del *humanismo* en el siglo XVI, como preliminar indispensable para el estudio de la literatura en lenguas vulgares. No es la primera vez que de estudios humanísticos habla nuestro programa, pues ya en las lecciones relativas al siglo XV, hicimos notar su predominio en la corte del Magnánimo Alfonso V en Nápoles, y más adelante el favor inusitado que logran en tiempo de los Reyes Católicos. Nuestros alumnos además, por ligeros que hayan sido sus estudios anteriores, deben saber ya lo que la palabra *Renacimiento* significa, así en la esfera de la ciencia como en la del arte. Por *renacimiento* entiende todo el mundo la resurrección de las ideas y de las formas de la antigüedad clásica. Pero esta resurrección no podía hacerse sino en lo que era compatible con los adelantos y el espíritu de la civilización cristiana, y con el general movimiento de las naciones europeas. Así es que ni la idea ni la forma clásicas renacieron puras y sin mezcla, sino una y otra muy diferentes de lo que en Grecia y en Roma habían sido. No habían venido en balde el cristianismo, las invasiones germánicas y la Edad Media.

En cierto sentido, la palabra *Renacimiento* carece de exactitud histórica y hasta filosófica. Nunca se dan

soluciones de continuidad en la historia, ni es posible abrir una zanja entre el mundo antiguo y el moderno. En ese sentido nada renació, porque nada había muerto del todo. En las entrañas de la Edad Media palpitaba así lo bueno como lo malo de la civilización antigua. ¿Y cómo no, si la idea de lo bello, verdadera divinidad helénica, y la idea de justicia y unidad, que tiró a realizar el pueblo romano, son eternas e indestructibles? Así pues la civilización antigua no había muerto, pero sobre ella habían obrado dos influencias diversas, de una parte el cristianismo para purificarla de herrumbres y de escorias, de otra un elemento germánico o escandinavo, bárbaro y perturbador, aunque entrañase grandes gérmenes de vida política y social, mucho más que de vida literaria. El cristianismo había adoptado las formas de la civilización y del arte antiguo: así se veía a Lactancio remedar el lácteo estilo de Tulio, a Prudencio reproducir las armonías de Horacio, a Sinesio acudir al metro anacreóntico y acordarse de la lira de Téos y de la de Lésbos, cuando iba a cantar los inenarrables dogmas de la Trinidad y de la Encarnación. El cristianismo, pues, con espíritu diverso, con el verdadero y sano espíritu, contribuía a conservar la tradición clásica. La lástima fue que los Padres de la Iglesia y los poetas cristianos encontraron moribundas o decadentes las lenguas, que habían de servirles de instrumento, y fue lástima mayor (bajo el aspecto de la forma clásica, cuya historia vamos haciendo) que los nuevos elementos traídos a Europa por las invasiones del Norte, se mezclasen o sobrepusiesen a la gloriosa tradición latina, dado que la griega resistió más y no sin brillo.

Poco exclusivo soy en cuanto a formas. Mi predilección está por lo clásico, pero ni niego ni disputo las grandezas que por otros caminos se lograron. No hago más que consignar el hecho. Pero sería aventurado y erróneo suponer que el germanismo influyó en España o en Italia, como influía en Francia y en otros pueblos. Nosotros nos conservamos latinos hasta la médula de los huesos: civilizamos y latinizamos a los suevos y a los visigodos, y ni los suevos ni los visigodos dejaron aquí un libro, ni una piedra, ni un recuerdo. San Martín Dumiense el Apóstol de Galicia, imitó y extractó a Séneca; San Isidoro compendió en las Etimologías lo que alcanzaba de la ciencia antigua; y San Julián volvió la vista a los antiguos modelos históricos, a la vez que a los de Sulpicio, Orosio y otros historiadores eclesiásticos, cuando narró la rebelión de Paulo contra Wamba.

Por tales caminos anduvo la cultura española hasta el siglo XII, fecha eternamente memorable, no solo por la aparición de las lenguas vulgares, sino por las evidentes influencias extrañas. Pero ninguna ahogó el elemento latino, que llevábamos hasta en la sangre.

Por otro lado, todos los grandes hombres de la Edad Media, Carlomagno sobre todo, en aquellos conatos de restauración imperial, en el nombre mismo del *imperio*, mostraron bien a las claras cuán grande era el poder de la antigüedad romana. Los recuerdos de esta abrumaron a los italianos, y por eso no tuvieron epopeya, género de la Edad-Media por excelencia. Nosotros, menos latinos que los italianos pero más que los franceses, la tuvimos

incompleta y fragmentaria, gracias a nuestra lucha con los musulmanes.

Pasos para el *Renacimiento* son en el siglo XIII la fundación de escuelas generales o universidades, así como los trabajos de Alfonso el Sabio. El primer escritor que entre nosotros obedece, como artista, a este influjo de la antigüedad es el autor del poema de Alejandro. Más adelante el Arcipreste de Hita se inspira en el *arte de amar*, parafrasea la comedia de *Vetula*, y hasta presenta reminiscencias de los cantos goliárdicos de los estudiantes del norte.

Porque en la Edad Media vive lo malo de la antigüedad, la poesía epicúrea y sensual, las aficiones *non sanctas*, de que tanta y tanta muestra hallamos en las poesías latinas coleccionadas por Du-Meril y otros.

Pero el *Renacimiento* no podía detenerse en la imitación directa, en la reproducción de formas aisladas, ni siquiera en el espíritu: buscaba la forma antigua en toda su amplitud, hasta en sus últimas concreciones de lengua y ritmo. De aquí la restauración de la lengua y prosodia clásicas, restauración que por primera vez se hizo en Italia.

En España tarda en penetrar este último Renacimiento: poco o nada saben de él los ingenios de las corte de Don Juan el Segundo. Contentábanse, según la expresión del Marqués de Santillana, con las materias, ya que no podían poseer las formas. Los primeros españoles que sintieron esta necesidad de las formas fueron Fernando

de Valencia, Jaime y Gerónimo Pau, Luciano Colomer, todos los humanistas protegidos por Alfonso V, y discípulos o émulos de los Filelfos, Vallas, Poggios y Beccadellis: más adelante Ambrosio de Vitoria, que helénicamente se llamó Nicandro, y aquellos mancebos portugueses, Miguel Teixeira entre ellos, que concurrían a las aulas de Ángelo Poliziano, y en Roma Rodrigo Sánchez de Arévalo que procuraba dar forma clásica a su *Historia Hispánica*, antecediendo en esto al Gerundense, y Fernando de Córdoba, que escribía en elegante latín su *de omni scibili*.

En otra lección queda expuesto el amparo y favor dado por los Reyes Católicos a los cultivadores de las letras humanas así extranjeros v. g. Pedro Mártir y Marineo Sículo, como españoles, entre los cuales brillan Antonio de Nebrija, tan ilustre poeta como humanista y en todo género de estudios excelente, Doña Beatriz Galindo, y el portugués Arias Bargosa, patriarca de los helenistas peninsulares. Hablamos también del singular y fecundísimo maridaje que en la escuela complutense y so la égida de Cisneros hicieron los estudios orientales, representados por Alfonso de Zamora y Paulo Coronel, y los clásicos en que al lado del griego Demetrio Ducas Cretense brilla el toledano Lorenzo Balbo de Lillo, comentador egregio de Valerio Flaco y de Quinto Curcio.

El Renacimiento, o concretando más, la literatura latino-moderna tenía ya carta de naturaleza en España. Durante todo el siglo XVI continúan sus glorias. Íbamos después de Italia y al nivel de los Países Bajos y de Francia, ya que en algunas cosas no los superásemos. Ahora

conviene ir examinando los frutos del *Renacimiento* en cada uno de los géneros literarios que en lengua latina se cultivaron, reservando para otras lecciones los vulgares.

Comencemos por la didáctica. El Renacimiento trae a esta forma dos cosas: el espíritu crítico y el arte del estilo. No porque faltase toda *crítica*, es decir, *juicio* (que esto fuera absurdo) en los teólogos y filósofos de la Edad-Media, sino porque les faltaba la crítica fundada en el estudio de las fuentes helénicas y latinas, en la comparación de diversos textos, en las ciencias auxiliares así exegéticas como arqueológicas, y porque de otra parte les abrumaba el peso de la autoridad de Aristóteles. La filosofía griega en sus diversos sistemas, la Patrística así griega como latina, no fueron formalmente conocidas y estudiadas hasta el siglo XV. Entonces Leonardo Aretino y otros dieron a conocer, en elegantes traducciones, al verdadero Estagirita; Lorenzo Valla osó contradecir sus dogmas acercándose a los epicúreos, y la célebre cuestión platónica aristotélica, en que quebraron lanzas Gemisto Pleton, el Cardenal Bessarion, Jorge de Trebisonda y nuestro Fernando Cordobés, la fundación de la academia platónica de Florencia, en tiempo de Lorenzo el Magnífico, fueron los preludios de la innovación filosófica. Coincidió este movimiento con la general decadencia de la escolástica, en cuyas filas, solo por excepción, figuraban entonces varones tan esclarecidos como el Cardenal Cayetano.

En el Siglo XVI la ola innovadora amenaza anegar el viejo edificio, y mientras Pomponazzi aventura desde

Bolonia sus paradojas contra la inmortalidad del alma, y en Alemania escribe Rodolfo Agrícola su elegante dialéctica, y el Cardenal Nicolás de Cusa reproduce el pitagorismo, y Erasmo persigue con las aceradas sátiras de los *Coloquios* y del *Elogio de la locura* a los doctores de la Sorbona, verificase en España un movimiento de reacción contra los dogmas aristotélicos, no tomado hasta ahora en cuenta por los historiadores.

No es de nuestra incumbencia (pues no se trata aquí de la historia de la filosofía) examinar en su parte íntima y sustancial este movimiento. Pero lícito nos será recordar los nombres de algunos escritores, igualmente recomendables por el estilo que por la ciencia, a quienes se debe la introducción del estilo clásico y del espíritu crítico en la filosofía.

Para limpiar el estable de Augias de las preocupaciones escolásticas, levantóse el valenciano José Luis Vives, genio el más universal y sintético que produjo el siglo XVI en España. Puede decirse que él compendia nuestro renacimiento. En la reforma de los estudios y disciplinas, principal objeto de sus libros *de causis corruptarum artium y de tradendis disciplinis*, precedió al canciller de Verulamio, como asimismo le antecede en haber reivindicado los fueros de la experiencia, formulando los cánones de la inducción en aquellas palabras que otra vez he citado: «*Ex singularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem, quæ compluribus deinceps experimentis adjuncta et confirmata, pro certa explorataque habetur. Ceterum experientie temerariæ sunt atque incertæ, nisi ratione regantur, quæ adhibenda*

est illis tanquam clavus aut gubernator in navi. A liocui ferentur temere, et fortuita erit ars omnis non certa. Fieri enim convenit ut experientia artem pariat, ars experientiam regat. Pero no se dejó arrastrar Vives, como Bacon (recientemente lo ha advertido Barthélemy St.-Hilaire) por un espíritu ciego de oposición a Aristóteles. Gustaba mucho del Aristóteles puro, no del de los escolásticos. Por eso sus tratados lógicos no son más que una simplificación del *organum*, y su libro *de prima philosophia* es en lo esencial un tratado de metafísica peripatética. Por el contrario, el tratado *de anima et vita*, en que proclama y sigue la observación psicológica, debe contarse entre los precedentes de la escuela escocesa.

Era Vives fervorosísimo católico, y bien lo muestra en su admirable libro de *veritate fidei christianæ*, especie de *summa contra gentes*, acomodada al gusto del siglo XVI.

Es el estilo de los tratados de Vives algo duro, pero sobrio, preciso, grave y notable por la claridad, corrección y limpieza. No cae en las manías ciceronianas de Sadoletto, de Bembo, y otros humanistas de la corte de León X, y quizá por eso pone algo más de propia genialidad en sus obras. La cualidad capital de su entendimiento era el *juicio*. Y este *juicio* claro, penetrante y agudo, descuella no solo en sus obras filosóficas y de educación, que son sin duda las principales, sino en algunas más literarias, v. g. el tratado de *ratione dicendi*, donde sabiamente compendió lo más útil de los retóricos antiguos, y en algunos libros morales escritos con primorosa delicadeza, sobre todo en el *de institutione feminae christianæ*, verdadero modelo de la *perfecta casada* de Fr. Luis de León.

Muy semejante a Vives en las condiciones de escritor didáctico, pero más ameno, agradable y ligero se mostró el sevillano Sebastián Fox Morcillo que, admirador por igual de Platón y de Aristóteles, se propuso conciliarlos en una síntesis, escribiendo su libro *de Platonis et Aristotelis consensione*, donde sostiene, al modo de algunos hegelianos modernos, que la *idea* de Platón es la *forma* de Aristóteles, cuando llega a concretarse y traducirse en las cosas creadas. Los libros de Fox, especialmente el *de demonstratione* (que no deja de tener alguna analogía con el *Discurso del Método de Descartes*), son de muy apacible lectura, y han de contarse entre los más bellos que produjo el Renacimiento, aun incluidos los de Marsilio Ficino, León Alberti y otros platónicos de la escuela de Florencia. A veces emplea Fox el diálogo al modo de Platón, v. g. en los *de honore y de gloria*.

Ni esquivaban esta forma, casi olvidada en la Edad-Media, y tan favorita de la antigüedad por la animación dramática que presta a la exposición, los que se llamaban en el siglo XVI peripatéticos helenistas, es decir, los que, despreciando las traducciones latinas de Aristóteles y la barbarie escolástica, se iban derechos a las fuentes. Buen ejemplo nos da de ello el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, elegante traductor de la *Ética* y de los *Parva Naturalia* de Aristóteles, así como de los comentarios de Alejandro de Afrodisia a la *Metafísica*. Fue Sepúlveda uno de los más insignes ciceronianos del siglo XVI, y entre los nuestros solo puede comparársele Jerónimo Osorio. El estilo de este es más abundante y fluído, el de Sepúlveda más

severo, sobre todo en su apología de la libertad humana contra los Luteranos, en sus controversias con Erasmo y Fr. Bartolomé de las Casas, en su diálogo *Democrates, sive de justì belli causis*. Las obras históricas, que compuso en su vejez, adolecen de más afectación.

Cuando Pedro Ramus comenzó a destruir en la universidad parisiense el crédito de Aristóteles, ya muy menoscabado en España por las críticas de Vives y por las *ocho levadas* del salmantino Herrera, levantóse contra él el célebre jurisconsulto lusitano Antonio Gouvea, en una obra maestra de polémica, aunque la desdoren aquellas intemperancias y ferocidades propias de toda polémica entre eruditos y humanistas del siglo XVI. Allí muele y tritura como alheña nuestro buen portugués la *Dialéctica* y las *Animadvertiones* de Ramus; pone de manifiesto sus plagios; le corta diestramente la retirada, y de muestra la inanidad de sus innovaciones lógicas.

Pero no era solo entre platónicos y aristotélicos la cuestión. Al paso que se iban reuniendo los materiales para nuevas construcciones, renacían los sistemas griegos, y un contemporáneo y paisano de Vives, Pedro Dolése en su *Suma de Filosofía y Medicina*, resucitaba al atomismo de Leucipo y Demócrito, a cuyos reales se acogieron más tarde Gómez Pereira y Francisco Vallés.

Ni de la Antoniana Margarita del uno, que se adelantó al Dr. Reid y a la escuela de Edimburgo en echar por tierra la antigua doctrina del conocimiento por medio de las especies inteligibles, ni de la *Philosophia Sacra* del

segundo, que puso en el *fuego* la unidad dinámica, tengo que tratar aquí. En un estudio que hace tiempo publiqué, hablo extensamente de uno y otro. Sus obras, escritas en un latín mediano, sobrado difusas, y no muy ricas en galas de estilo, tienen más interés científico que literario.

No así el libro escéptico del portugués Francisco Sánchez, titulado *de multum nobili, prima et universali scientia, quod nihil scitur*, publicado un año antes que los *Essays* de Montaigne, con quien en muchas cosas coincide. Nada más ligero y agradable que la forma literaria de ese librito, escrito un poco a la Francesa, en honor de la verdad. Pero bueno será advertir que el escepticismo de Sánchez, a diferencia del de Montaigne y Charron, es solo de tejas abajo.

Sería prolijo y no necesario enumerar a todos los pensadores del siglo XVI, que muestran condiciones de estilo y se recomiendan por una suelta y agradable exposición didáctica. Solo debo hacer una excepción a favor de Cardillo de Villalpando por su docta, aunque poco convincente, *Apología* de Aristóteles en la cuestión de la inmortalidad del alma.

Ni se limita a la filosofía el influjo del Renacimiento. También penetra en la Teología, escardándola de muchas cuestiones inútiles, de argumentaciones interminables y supérfluas, reduciéndola a método y forma más llanos y seguidos, volviéndola a sus verdaderas fuentes y lugares, es decir a la Escritura y a los Padres, y exornán-

dola con las flores de la elocuencia y de las letras humanas. Entre los primeros que adornaron a la hija de Sion con los despojos de Egipto, debo recordar al franciscano andaluz Fr. Luis de Carvajal, grande y temible adversario de Erasmo. Su libro *de restituta Theologia* precede y anuncia a Melchor Cano. Ni él ni Carvajal condenaban ni podían condenar a bulto esta escolástica. Antes que Leibnitz afirmara que en aquel estiércol había mucho oro, había dicho Fr. Luis, hablando de los teólogos de la Edad Media: «*Sub pallio sordido, hoc est, sub forum barbarie, sæpe latere sapientiam agnosco*».

Pero la idea de formar una Tópica teológica pertenece de derecho al dominico Melchor Cano. Por esto, y por las formas elegantísimas de su libro, tan ciceroniano como los de Lactancio, y dechado de orden, de claridad y de concisión, han puesto siempre sobre su cabeza el libro *de locis* nuestros teólogos, extremándose quizá en la alabanza. Gloria altísima fue para Cano el haber aplicado a la Teología, sin separarse de la pura doctrina tomística, aquel plan de reforma de las disciplinas, que Vives concibió y expuso en términos generales. Y es para extrañar ciertamente que no haga bastante justicia a aquel sabio valenciano, antes hable de él con cierta acritud, diciendo que anduvo feliz al señalar la corrupción de los estudios, pero no al proponer los remedios. Sin embargo, la sana crítica entroncará siempre a Melchor Cano con aquella dirección clásica del Renacimiento, cuyo más eximio representante es entre nosotros el hijo de Blanca March. Y no solo en Vives, sino en sus amigos y discípulos, toma

ejemplo y enseñanza Melchor Cano. Sirva de muestra el libro XI de los mismos *Lugares teológicos*, donde tan ampliamente se aprovechó del libro de las *Cuestiones del templo* de Juan de Vergara, primer impugnadores de las ficciones de Manethon y de Beroso (de Anio Viterbiense) y padre de la crítica histórica entre nosotros.

La restauración de las formas ciceronianas no se limitaba a los tratados didácticos. Lleváronla a la oratoria, así sagrada como profana, Bembo y Juan della Casa. Entre los nuestros respondieron a la voz de la antigüedad que resonaba *dai fori cadenti*, algunos oradores latinos, de quienes tenemos preciosas aunque escasas muestras. A la diligencia de Cerdá y Rico se debe el que poseamos en colección los discursos pronunciados en Trento por Pedro de Fuentidueña, Gaspar Cardillo de Villalpando, etc. etc. Citaré entre los de este, como modelo de nerviosa argumentación y varonil estilo, el que pronunció sobre negar a los Sajones la comunión bajo las dos especies.

Otra oratoria menos animada, menos briosa, más académica y hasta cierto punto escolar, pero dulce, rica y halagueña, útil para traer a los jóvenes al amor de la sabiduría unida con la piedad, es la del jesuita alicantino Pedro Perpiñá, luz de los aulas parisienses, como en otro género de estudios lo fue su contemporáneo Maldonado. De Perpiñá dicen los que con asombro le oyeron, que como en otro tiempo de la boca de Néstor así de la de nuestro jesuita salía una oración más dulce que la miel. Las 22 oraciones suyas que hoy tenemos, sobre todo el panegírico de Santa Isabel, y el discurso *de humana philo-*

sophia perdiscenda, le dan el primer lugar entre los oradores académicos de su tiempo.

Mayor cultivo que la elocuencia obtuvo entre aquellos humanistas la historia, pero casi todos tendieron antes a la abundancia generosa y rico estilo de Tito Livio, que a la severa concisión de Tácito y de Salustio, que había querido imitar Policiano en el comentario sobre la conjuración de los Pazzi. Tiene pues, todos cierto parentesco, y no deja de causar alguna extrañeza el contraste entre la lengua muerta de que usan y lo vivo y cercano de los acontecimientos que narran. Así el Obispo de Silves describió con *elegantísima luxuries*, no exenta de sinonimia, y con grande aparato retórico, la vida de D. Manuel de Portugal y los hazañosos descubrimientos de Vasco de Gama. Así Sepúlveda, con más cuidado de la elegancia que de la exactitud, compiló las Décadas «*de orbe novo*» valiéndose especialmente de las narraciones de Francisco López de Gomara. Con mayor estudio y puntualidad, aunque no sin pagar tributo a la adulación palaciega, historió el mismo Sepúlveda los hechos de Carlos V, y alguna parte de los de Felipe II. Cristóbal Calvete en su áureo librito *De aphrodisio expugnato*, sobre la toma de una ciudad de Berbería, mostró en un asunto tenue alientos dignos de más alta empresa, y mereció que de su libro se hiciesen hasta ocho ediciones, adoptándose de texto en muchas cátedras de latinidad. Cerró con llave de oro este cultivo de la forma histórica el P. Juan de Mariana con su *Historia* latina, que será objeto de otra lección. Gibbon

ensalzó esa Historia, diciendo de su autor, que era en todo y por todo otro Tito Livio.

De la historia a la poesía el tránsito es fácil, y en verdad que casi ninguno de los humanistas de este tiempo dejó de pedir inspiración a las musas latinas, y aún algunos a las griegas. Poesía épica, épico-didáctica, descriptiva, lírica y aún dramática... *nihil intentatum li-quere* podemos decir con Horacio, y en todo dejaron monumentos, si inferiores a la *Siphilide* de Fracastor, a la *Cristiada* y a la *Poética* de Vida, al *Parto de la Virgen* de Sanázaro, a las *Silvas* de Angelo Poliziano y a los *Besos* de Juan Segundo, no indignos, por lo menos, de ser recordados con elogio después de aquellas ricas paseadas del arte moderno. La simple enumeración de los poetas latino-hispanos del siglo XVI, daría lugar a un estudio extenso, que ni puedo ni debo hacer ahora. Por otra parte, no hemos de negar que hay mucho de convencional, de amanerado, de retórico y de académico en toda aquella poesía. Me limitaré, pues, a unos cuantos autores, que o por la individualidad más pronunciada de su organismo poético, o por lo singular de los asuntos y de los géneros, o por celebridad notoria, merecen separarse de la grey común y del *servum pecus* de los imitadores.

Justo sería hacer los primeros honores a una dama, cuando razones cronológicas y de mérito intrínseco, por otra parte, no lo abonasen. La hermosa y honestísima toledana Luisa Sigéa, cuya fama fue torpemente aman-cillada por Nicolás Chorier con la publicación del infame libro *Elegantie latini sermonis*... nos dejó por única obra

auténtica (fuera de 16 epístolas inéditas que tengo copiadas y publicaré pronto) un cuadernito de poesías latinas, entre las cuales descuella su poema de *Cintra*. De dos hechos importantes nos da razón su estudio: 1º la influencia femenil en las letras humanas, la tradición helénica de las Safo, Erinias y Mirtos continuada en la Italia de los siglos XV y XVI, por la discreta veneciana Casandra Fedele, a quien tanto admiró Poliziano, por Verónica Gambara, por la divina Victoria Colona y por Olimpia Fulvia Morata, que desgraciadamente pagó tributo a los errores de la Reforma. En España es tan grande el número de estas humanistas, que yo he logrado adquirir noticias de más de 39.

El otro carácter de la poesía de la Sigéa, y uno de los caracteres de la poesía del Renacimiento, es la afición descriptiva. De ello es buen ejemplo el poema de *Cintra*, que hace tiempo traduje al castellano, y que en el original comienza: *Est locus occiduus...*

La descripción es algo vaga y no libre de reminiscencias bucólicas, pero elegante. El sentimiento de la naturaleza es verdadero, aunque no profundo. Aquella *saudosa Cintra*, que había de inspirar a tantos poetas hasta los tiempos de Byron y de Almeida Garrett, está descrita por nuestra poetisa con exactitud, pero con poco enérgico colorido.

Otra frase del Renacimiento se personifica en Alvar Gómez, señor de Pioz. Las exageraciones y recrudescencias paganas de Italia habían inspirado a algunos varones

timoratos el deseo de aplicar las *formas* antiguas a materias cristianas. Esto hizo el obispo de alba en las *Cristiada*, y esto tiró a realizar Alvar Gómez cantando en su *Thalicristia*, empedrada de hemistiquios virgilianos, el triunfo de nuestra Redención, parafraseando en dísticos, a imitación de los de Ovidio y Propercio, las epístolas de San Pablo en la *Musa Paulina*, y convirtiendo en odas horacianas los salmos penitenciales. Este simpático y cristiano poeta, se distingue más por la lozanía y abundancia, un tanto desaliñada, de su estilo, que por el nervio.

A la poesía epigramática, a imitación de Catulo y de Marcial, dedicó su agudo ingenio Juan de Vergara, secretario del Arzobispo Fonseca, varon de altos pensamientos, que se jactaba de tener en Vergara un escritor de cartas latinas en nada inferior al Bembo, que ocupaba igual cargo cerca de León X. También ensayó Vergara (si la *Callipædia* es suya) un extraño género de parodia, levantando a grande altura por el mantuano Teófilo Folengo: la poesía macarrónica entreverada de latín y de romance con terminaciones latinas, pero sometida a las severas leyes del metro y de la cantidad. Vergara inaugura en España este género, que más adelante, en el siglo pasado, produjo composiciones saladísimas como el *Palito métrico* de Antonio Duarte Ferram, o sea el prior de Nuestra Señora de Nazaret en Coimbra.

El toledano Juan Pérez, que latinizó su apellido llamándose Petrejus, autor de un poema de la Magdalena, semejante a los de Alvar Gómez, y de una oda horaciana en loor de Melchor Cano, presenta entre todos los

escritores de este ciclo la singularidad de haber cultivado la poesía dramática, aunque no de propia Minerva, sino traduciendo en prosa latina cuatro comedias del Ariosto (la *Lena*, el *Nigromante*, la *Cassaria* y *Suppositi*).

A estos primeros vates, nacidos y educados casi todos en el reino de Toledo y en las aulas complutenses, sucede otro grupo formado por los que habían recibido su instrucción en los Países Bajos, algunos de ellos bajo el magisterio y disciplina de Erasmo y de Luis Vives. Solo nombraré a dos, porque el tiempo apremia: el célebre anticuario Andrés Resende, que cultivó no infelizmente, aunque degenerando a veces en prosaico y desaliñado, la silva o poema corto, a imitación de Estacio y de Angelo Poliziano (como lo prueban v. g. el encomio de Erasmo y el panegírico de la universidad de Lovaina), y el burgalés Fernán Ruiz de Villegas, a quien el Dean Martí, primer editor de sus poesías, compara con los mejores vates ítalo-latinos del Renacimiento. Fáltale, no obstante, su corrección y exquisito esmero, aunque ingenio le sobre. Tocó casi todos los géneros poéticos, brillando más en la égloga. Quizá su obra maestra es la que compuso a la muerte de Luis Vives.

Otro grupo pudiéramos formar de poetas aragoneses y valencianos, concediendo el primer láuro a Juan de Verzosa, como imitador de las sátiras y epístolas del Venusino, a Antonio Serón, bilbilitano, por sus elegías amorosas escritas a imitación de Tibulo, y no sin influencia de Juan Segundo, y a Jaime Juan Falcó, por sus odas horacianas, por su admirable sátira de *los jugadores (in alea-*

tores), y por sus epigramas, que compiten a veces con los de Marcial. ¡Lástima que Falcó perdiese gran parte de su vida en dos empresas insensatas, la de poner en verso latino la Ética de Aristóteles, y la de buscar la cuadratura del círculo! Por cierto que en un éxtasis de gozo, cuando creyó haber resuelto el problema, compuso unos versos de exquisita elegancia, dignos de Catulo.

No hablaré aquí, porque en otra lección de este programa les he dado cabida, de los poetas latinos de la escuela sevillana, de Malara, del Maestro Francisco de Medina, de Diego Girón, y sobre todo del canónigo Pacheco, cuyo dulcísimo canto en loor de Garcilaso: «*Natalis almo lumine candidus*» juzgó Luzán merecedor de equipararse con las odas del siglo de Augusto.

Con menos vocación de poetas, pero con gran conocimiento de la lengua del Lacio y de los recursos del estilo, escribieron Gouvea sus elegías amatorias, Antonio Agustín su oda a Latino Latinio, donde la impresión de la grandeza romana contemplada en sus ruinas está hondamente sentida, Juan Páez de Castro su Epicédio de Garcilaso, y Francisco Sánchez de las Brozas versos de todo linaje así sagrado como profano, entre los cuales es notable el himno de san Marcelo. Un lugar aparte hay que dedicar a Arias Montano.

En tanto una legión de filólogos, preceptistas y comentadores se enseñoreaba de nuestras universidades, lanzando de sus últimas trincheras a los sofistas. Lo que aquellos pulidos humanistas llamaban *la barbarie* había

sido casi desalojada de Salamanca por Nebrija y Arias Barbosa. De sus manos pasó el cetro a las del Comendador griego Hernán Núñez, que tanto trabajó en la corrección y en las variantes de los textos de Séneca, Plinio y Pomponio Mela, y que no menos benemérito de las letras helenas que de las latinas trajo por primera vez a España buen número de códices griegos: ejemplo seguido por don Diego de Mendoza. Después de Hernán Núñez, el patriarcado de la escuela de Salamanca recayó en el Brocense, padre de la Gramática general con su *Minerva*, y hombre de espíritu libérrimo e independiente, según lo acreditan aquellas palabras suyas: *Multa veteres philosophos latuerunt quæ Plato eruit in lucem; multa post eum invenit Aristoteles; multa ignoravit ille quæ nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate*; principios que él, siguiendo a Pedro Ramus y al español Núñez Vela, aplicó con inflexible rigor al examen de la lógica peripatética en el libro *de los errores de Porfirio*. La tradición y enseñanzas filológicas del Brocense fueron continuadas en Salamanca durante los primeros años del siglo XVII por su yerno Baltasar de Céspedes, y por el maestro Gonzalbo Correas.

No menos brillante cuadro ofrecían las aulas com-plutenses, donde a los Balbos, Ducas y Vergaras habían sucedido el cancelario Luis de la Cadena, el elegante peripatético Cardillo de Villalpando, y el perspicuo retórico Alfonso García Matamoros, que trazó, como ninguno en su tiempo, las reglas de la oratoria sagrada, y tuvo la dicha de historiar por primera vez todo el movimiento literario que venimos siguiendo, cuando escribió su *Apo-*

logía *pro adserenda hispanorum eruditione*. ¡Lástima que esta obra se resienta de profusión de elogios, y que a veces el aliño retórico se sobreponga en ella a la conciencia histórica.

¿Y qué decir de las aulas valentinas, donde Pedro Juan Núñez, de vuelta de París, curado ya de sus exageraciones ramistas, y convertido al culto de Aristóteles, fundaba aquella escuela helenística que produjo obras tan memorables como la *Explicaciones a Dionisio Aphro*, trabajo del maestro, y el tratado de la *Entelechia* de Monllor, y los trabajos sin número de Vicente Marinér, autor quizá el más fecundo que ha tenido España, aunque entren en cuenta el Tostado y el mismo Lope de Vega?

Nada se dejó por intentar en aquel dichoso siglo: el valenciano Gélida, profesor en Burdeos, remedaba a las mil maravillas el estilo epistolar de Cicerón; Antonio Agustín, entretenido en Bolonia con aquellos sabrosos coloquios de que nació el diálogo *de Gloria*, principal libro del ciceroniano Orosio, sacaba a la luz por primera vez con ayuda de Fulvio Ursino y otros italianos, buena parte de los fragmentos *de lingua latina* de Varron y otros gramáticos; Páez de Castro comentaba la Poética de Aristóteles; Gouvea acrisolaba el texto de las comedias de Terencio; Aquiles Estaço ponía en verso latino los himnos de Calimaco, y Miguel Cabedo el Pluto de Aristófanes. Y en tanto se multiplicaban las gramáticas griegas y latinas, llevando a su frente los egregios nombres de Sánchez, Núñez, Vergara, Sempere, Correas y Manuel Álvarez. Como y por qué causas se fue oscureciendo, aunque sin

desaparecer del todo ni en los días más calamitosos de fines del siglo XVII, este esplendor de las letras humanas, será tarea de otra lección, donde sigamos el curso de los estudios humanísticos hasta el siglo XVIII.

Ahora cumple dejar notado que el carácter eminentemente arqueológico del renacimiento no podía menos de influir, e influyó de hecho, en los estudios de antigüedades, epigrafía y numismática. Puede decirse que el Arzobispo de Tarragona Antonio Agustín, creó esta ciencia con sus *Diálogos de medallas*, así como dio no escasa luz a la historia con sus investigaciones sobre familias romanas. El cordobés Juan Fernández Francisco, el lusitano Resende, Luis de Lucena, Llanzol de Romaní y tantos otros, con estudios sobre vías romanas, piedras, epitafios y geografía antigua de la península, hicieron posible la publicación de las *Antigüedades de España* del maestro Ambrosio de Morales. El entusiasmo por la antigüedad se había apoderado de todos, y no había ciudad que no buscara su nombre y abolengo en tiempo de los romanos, citando en prueba algún monumento o inscripción. En todo esto se erraba y fantaseaba mucho, porque la crítica histórica no había llegado a su periodo de madurez, pero la dirección de los estudios era acertada, aunque los resultados no siempre correspondiesen.

Hasta en los estudios jurídicos penetró el renacimiento, llevando a ellos el sentido histórico, la crítica de los textos, y la elegancia y amenidad del lenguaje. A los dos grandes luminares de la jurisprudencia en el siglo XVI, Alciato y Cujacio, opone España sin desventaja

otros dos, Antonio Agustín y Gouvea. Parece imposible escribir sobre materias tan áridas como la ley Falcidia o la sustitución vulgar y popular, con el suelto, limpio y agradable estilo con que escribió Gouvea. Los diálogos *de emendationes Gratiani*, de Antonio Agustín, forman época en la historia del derecho canónico. Ni fue extraño al civil, antes trabajó con indecible estudio en la corrección de las *Pandectas*. Tres siglos no han podido borrar en la hermosa biblioteca Laurenciana el recuerdo de las visitas de aquel varón insigne, y de las horas que pasaba sobre el códice Amiatino.

Tremendas censuras se han dirigido contra toda esta literatura del Renacimiento en España y fuera de ella. Acúsasela de haber deprimido y contrariado el espíritu nacional, desacreditando las lenguas y las literaturas modernas. Hay en esto un fondo de verdad, pero también exageración evidente, sobre todo si aplicamos la censura a los grandes escritores de esta edad. Ciertamente que no podían complacerse mucho en las *gestas*, en la poesía heroico-popular, ruda aunque grandiosa, enamorados, como estaban, de la purísima forma que la misma Vénus Urania mostró sin cendales a los ojos de los griegos, pero también es cierto que eran artistas, y como tales admiraban lo que artísticamente era bello y digno de admiración en el arte y en la poesía de la Edad-Media. Así Filelfo explicaba desde la cátedra la *Divina Comedia*, y Angelo Poliziano, el ingenio más pagano de entonces, hacía en estos versos de una de sus silvas el más grandioso elogio de los tres poetas Florentinos:

*Nec tanem A ligherum fraudarim hoc munere Dantem
Per Styga, per celos, mediique per ardua montis
Pulchra Beatricis subvirginis ora volantem, etc., etc.*

Así Erasmo admiraba a Gil Vicente, comparándole nada menos que con Plauto. Por lo que hace a nuestra Castilla, dan testimonio de que el desprecio de la lengua y de la poesía vulgar no eran tan grandes como se pondera, la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija, escrita con tanto amor y diligencia, y citas que hace de romances viejos, pretendiendo reducirlos a la métrica antigua. Del mismo modo Hernán Núñez, que recogió los refranes de las viejas y comentó a Juan de Mena, y el Brocense, que tuvo el pensamiento de traducir a Ausias March, eran tan españoles como el más español de su tiempo.

También se ha acusado al Renacimiento de anti-cristiano en la filosofía y anti-cristiano en el arte, y hasta de aliado de la Reforma. Por lo que toca a España, apenas tenemos que defendernos de tales acusaciones. Ciertamente en aquella especie de fanatismo por la antigüedad, que se apoderó de muchas cabezas en el siglo XVI, echaron a volar algunos italianos delirios olvidados de la filosofía griega; así Pomponazzi cayó en el materialismo, Ficino no anduvo inmune de los sueños teosóficos, y Giordano Bruno fue precursor del panteísmo moderno, sobre todo del de Schelling. Pero nuestros filósofos, si quitamos a Miguel Servet y algún otro mucho más oscuro, se libraron del contagio, gracias a lo arraigado de su fe católica. Y dentro de estos límites no puede dudarse que la obra del

Renacimiento fue útil volviendo por los fueros de la libertad filosófica (no se tome esta expresión *in malam partem*), algo negados u oscurecidos por la intolerancia y exclusivismo de los aristotélicos; trayendo el conocimiento de la filosofía griega en sus originales, defendiendo el método de observación, y aún suscitando algunas novedades provechosas en el campo de la psicología experimental y de la física o filosofía de la naturaleza. A todo lo cual se añadió la claridad y elegancia de las formas expositivas. Ni ha de decirse que aquellos innovadores filosóficos comprendían en sus censuras toda la filosofía de los tiempos medios. Así procedieron algunos espíritus inquietos, petulantes y arrojados, como Pedro Ramus, pero de ninguna manera Vives, pródigo siempre de elogios para Santo Tomás y los tomistas. Sus más recias invectivas recaen en los discípulos de Averroes, gente pedantesca, execrada también por el Petrarca, e igualmente dañosa a la causa del buen gusto que a la de la religión. *Dios llenó el mundo de árboles y de flores*, dice Vives, *y esos Averroístas le han llenado de cruces y potros para atormentar el entendimiento humano y apartarle del espectáculo de la naturaleza.*

Por lo que hace al paganismo en el arte, cierto que son dignos de execración algunos extravíos de los humanistas italianos, v. g. el *Hermaphrodita* de Beccadelli (cuya obscenidad es tal, que la mayor parte del libro consérvase aún inédita en la Biblioteca Laurenciana) o la oda *in anum libidinosam* que Ángelo Policiano imitó de Horacio, o finalmente ciertos epigramas de Sanázaro. Pero prescindiendo de que semejantes extravíos no faltan en los

autores de la Edad-Media, es necesario hacer una excepción a favor de los petas latino-hispanos, cuya castidad de pensamiento y de expresión es tal, que no recuerdo ahora composición ninguna de ellos que pueda calificarse de escandalosa, al paso que en la literatura castellana del mismo tiempo las hay harto libres. Ni puede decirse que tomaban con preferencia asuntos paganos: ¿qué poetas más cristianísimos pueden hallarse que Alvar Gómez y Arias Montano, por ejemplo, los cuales evitan cuidadosamente hasta las alusiones paganas, tomando solo de los gentiles los primores de lengua y ritmo?

Que el Renacimiento fue aliado de la Reforma, es otro lugar común muy repetido en estos últimos tiempos, y casi tan infundado como los otros. Ante todo conviene distinguir el carácter que tomó el Renacimiento en los países del Norte, y el que tenía en Italia y España. Aquí era mucho más artístico, allí más batallador y agresivo. Bajo la corteza latina palpitaba la barbarie germánica, y el odio y envidia a las grandezas de los pueblos meridionales. Así Eramos con los *Coloquios* y con el *Morie Encomium* dio armas a los protestantes, y Ulrico de Hütten y las *Epistolæ obscurorum virorum* abrieron la guerra de sátiras contra el Pontificado y las órdenes monásticas. Así Melanchton y Joaquín Camerario figuraron entre los primeros protestantes, pero no por ser helenistas ni hombres del Renacimiento, sino porque, a *pesar de eso*, eran germanos, y participaban del espíritu de rebelión a toda autoridad latina. Lutero no vio en su viaje a Roma más que vulgaridades, y no entendió una palabra de las

artes italianas. Hasta los errores y herejías de los humanistas meridionales eran de carácter muy diverso del de la Reforma. ¿Y cómo olvidan por otra parte los que tal dicen la admirable carta de Sadoletto contra Calvino, y el libro *de fato et libero arbitrio* de Sepúlveda? Solo de dos humanistas españoles, Juan de Valdés y Francisco de Enzinas, puede decirse que se aliasen con la Reforma. Es verdad que Erasmo tuvo en España admiradores y defensores como los Manriques, Fonsecas y Vergaras; pero le admiraban en sus aciertos de filólogo, no en sus yerros teológicos.

Entrando en consideraciones más literarias, se acusa a los *renacientes* de haber encerrado el arte en formas muertas y gastadas, haciéndole retroceder por tanto. Acusación tan vaga y general poco prueba. Si la forma es bella, como lo era la forma antigua, no muere ni se gasta nunca, y bella es eternamente. ¿Cuándo, ni en qué tiempo o literatura no serán dignas de loor la sencillez, la pureza, la tersura? Y si estas cualidades se comunicaban en el arte antiguo hasta a los últimos accidentes formales, hasta a los metros, v. g., ¿por qué hemos de censurar a los latinistas del Renacimiento, porque usaban formas horacianas, o ciceronianas, o virgilianas? Con esas formas que se dicen *muertas y gastadas* escribió Poliziano sus silvas y odas llenas de animación y gracia juvenil más que ninguna poesía italiana de su tiempo, expresó Juan Segundo en los *Besos* los vehementes impulsos amorosos de un mancebo de 20 años, y compuso Juan de Mariana su *Historia de España*, uno de los libros más españoles que

existen. No está el mérito ni el demérito en la forma, sino en las manos que la trabajan. Claro que meros gramáticos, sin imaginación y sin brío, habían de estrellarse en sus composiciones latinas, y hacerlas frías, retóricas y pedantes; pero ¿quién prueba que lo hubieran hecho mejor en lenguas modernas y con los recursos artísticos de la Edad-Media? Es preciso admitir y aplaudir lo bueno donde quiera que se halle, aunque sea en una lengua muerta, artificiosamente resucitada.

Y no es que yo apruebe en absoluto esta resurrección de la lengua. Prescindiendo de lo que se reirían los romanos si llegaran a oír nuestros versos y prosas latinos, ese sistema quita desde luego algo de su frescura y espontaneidad a la frase, exige un artificio constante y dos traducciones mentales continuadas, y da cierto aire de seca uniformidad a los escritores. Pero aunque esto no se apruebe del todo, y menos con relación a la poesía y a la novela (como lo intentó v. g. Juan Barclayo), pueden, con todo eso, traerse circunstancias atenuantes.

1°. Que el latín no podía considerarse en todo rigor como lengua muerta, puesto que era la lengua de la Iglesia y de las escuelas. El trabajo de estos humanistas se reducía, pues, a sustituir el latín bárbaro o incorrecto, con un latín calcado en los modelos antiguos, lo cual ya varía de especie.

2°. Que el latín era lengua universal, y tenía todas las ventajas de tal para los tratados didácticos y aún para

algunas obras históricas, siendo lamentable, bajo el aspecto de la comodidad, el abandono de esa lengua.

En lo concerniente a la poesía y a las obras amenas, hoy, como entonces, hoy más que entonces, porque las lenguas modernas están ya formadas, y pueden decirlo y expresarlo todo, es condenable el empleo exclusivo y sistemático de la lengua latina; exclusivismo muy expuesto a caer en retóricas y pedanterías; pero hoy, como entonces, el empleo de la lengua latina en prosa y en metro debe recomendarse como ejercicio. Todo el que más o menos haya hecho versos latinos, habrá comprendido cuán útiles son estos ensayos para hacer buenos versos castellanos: cuántas frases elípticas, felices y expresivas, cuántos modos de decir pintorescos y gallardos han nacido de ahí. En mi sentir, ni Fr. Luis de León ni Arias Montano hubieran llegado a donde llegaron como poetas castellanos, ni hubieran caldeado y modelado nuestra lengua de la manera que lo hicieron, si antes no hubiesen descollado como poetas latinos, del modo que lo manifiestan el *Carmen ex voto* del primero, digna corona de su explanación del *Cántico* de Salomón, y los *Monumenta humanæ salutis*, y las demás innumerables poesías latinas del segundo. Ni a Mariana le llamaríamos hoy el Tito Livio español, si antes no hubiese ensayado en su propia lengua la imitación del egregio narrador paduano. Es continuo y perenne el influjo de la literatura latina del Renacimiento en las vulgares.

De otras acusaciones no hay que hacer mérito. Se dice que los clásicos del Renacimiento no comprendieron

verdaderamente la antigüedad, que le dieron un aspecto retórico y de escuela, etc. Todo esto puede decirse de la segunda generación renaciente, de la que con injusticia llaman *Jesútica*, no de la primavera, de la de los Policianos, Fracastorios, Vidas y Segundos, que en esta el entusiasmo por la antigüedad fue sincero. No solo la comprendían, sino que sabían imitarla. Que los trabajos críticos de estos humanistas en cuanto a la revisión de los textos, etc., son imperfectos, ¿quién lo negará? La escuela francesa y holandesa del siglo XVII (los Casaubones, Vosios, Perizonios, etc.); la inglesa del siglo XVIII (Bentley, Cuningham, Brunck); la alemana del presente han adelantado mucho, pero en ninguna de ellas se halla aquella frescura, aquel íntimo y sabroso comercio con la antigüedad que se nota en las del Renacimiento. Todavía permanece en pie como admirable monumento el *Virgilio* del P. La Cerda.

Olvidemos que se trata de una lengua muerta; no paremos mientes en la lengua en que la cosa se dice, si la cosa está bien dicha; que la crítica (aunque no se llame con manifiesto agravio de la lengua castellana, *alta crítica*) debe levantarse sobre estas pequeñeces de lengua y ritmo, y admirar donde quiera el esplendor de lo verdadero y de lo bello.

Glorioso remate a la oposición dio en el tercero y último de sus ejercicios, destinado a defender su programa. Le avalora tanto una *Introducción* que lleva al frente, que a ser más compendiosa, le diéramos cabida en estos renglones. Pero ni siquiera en aquel

acontecimiento literario se oyó, más que en parte y muy reducida, por ser brevísimo el tiempo que el Reglamento concede al opositor para que defienda su sistema de enseñanza. Acusado Menéndez Pelayo, una y otra vez, oportuna e importunamente, de fijarse demasiado en los hechos, desdeñando el auxilio de la crítica, hizo hincapié en probar lo infundado de este cargo, y después de consignar que del *hecho* se parte hoy en toda Europa para aspirar al conocimiento de la verdad científica, añadía: «Lo que hay es, que yo procuro alejarme del doble escollo de la crítica puramente *formalista* y de la que llaman *trascendental*, ora aspire a grandes síntesis históricas, ora a inauditas revelaciones estéticas». Y después continuaba diciendo: «No es ya lícito convertir la historia de la literatura en un descarnado índice de autores y de libros juzgados solo en su parte externa y formal, ni proceder caprichosa y arbitrariamente en el orden y distribución de las materias». No es acertado (sigue hablando Menéndez) considerar al *autor* fuera de su época, pero todavía es más dañoso anular su personalidad y convertirle en *eco*, *espejo* o *reflejo de una civilización*». Hizo notar después que en medio de tanto escarceo y divagar inútil, «ha llegado la estética moderna a asentar buen número de principios fecundos y razonables, que lejos de oponerse al exagente detenido de las formas exteriores, contribuyen a que este se haga

con mejor luz. Por otra parte, el desarrollo de los estudios históricos ha hecho notar infinitas relaciones entre el arte y las demás actividades humanas, que mutuamente se completan y explican». De donde deducía M. Pelayo, la necesidad *del criterio histórico al lado del estético*. Sin erudición y sin investigaciones propias (exclamaba en otro párrafo) no hay conocimiento serio. Hacia por fin cumplido elogio de los que beben la ciencia en las fuentes, y no en los libros de segunda mano, plagados de *nociones erradas, lugares comunes y frases hechas*. Renunciamos a seguir recordando lo mucho y bueno que dijo nuestro amigo; baste consignar que estuvo en este último ejercicio, a la misma inaccesible altura que en los anteriores. Comprendiólo así el sapientísimo Tribunal, que reunido a los pocos días, púsole casi por unanimidad* el primero de los opositores que fueron en terna. El día 20 de Diciembre de 1878, recibió el nombramiento de *catedrático de historia crítica de la literatura española* de la Universidad de Madrid, y el 22 tomó posesión de su cargo. ¡Honroso galardón, pero bien sabe Dios, que hartó merecido! Convengamos en que ¡23 años! tan bien aprovechados, no se los encuentra uno sin trasladarse algunos siglos atrás. De la Montaña, con haber sido tan fecunda en hijos ilustres, no ha salido

* No le votó, según de público se dice, el Sr. Don Francisco Fernández González. Nada más natural.

otro Menéndez Pelayo, con que tan legítimamente pueda ufanarse, en toda la sucesión de los tiempos. Viva muchos años, y su nombre pronunciarán con respeto las generaciones futuras. Hoy, que no todos le hacen cumplida justicia, séame permitido procurar que su fama se extienda por los ámbitos de la Península; que bien lo merece un joven que no ha defraudado las esperanzas de los que le admiraban cuando estudiante; que a los trece años escribía un poema épico, hoy mismo digno de figurar entre sus obras, si le refundiera y puliese un poco; que a los veinte ha hecho su nombre respetado en Europa y en América; que a los veintitrés es profesor de Doctorado en la Universidad de Madrid; un joven en fin de quien Milá ha dicho: «Siempre que hablo con Marcelino aprendo algo nuevo», y a quien el actual presidente del Consejo, Sr. Cánovas, eminente literato, ya que no *monstruo de la naturaleza*, despidió en cierta ocasión diciéndole: «V. comienza por donde otros acaban». Añádase que tiene un carácter dulcísimo y afable como pocos; una modestia encantadora; que es un sabio no avaro de su saber, antes bien sirviendo de mina riquísima y no poco explotada por los que tenemos la dicha de que nos llame sus amigos, y hallaráse atenuación si no disculpa, a la osadía que nuestro emborronando estas páginas, en las que va unido mi nombre oscuro y humildísimo, al muy ilustre y laureado del nuevo catedrático.

Sea mi última palabra dar las más expresivas gracias a cuantos me han facilitado noticias para este trabajo, en especial al Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, por cuya salud quebrantada hacen fervientes votos a la par que sus numerosos admiradores, las letras españolas, y a mi excelente amigo D. Antonio Rubió y Lluch, que ya sabe llevar, por dicha suya, el nombre de su padre.

Y con esto, lector querido, *Vale*.



FIN

*Este libro se acabó de imprimir
el día 13 de septiembre del año 2009,
festividad de san Marcelino de Cartago.
Este funcionario imperial murió a manos
de los herejes donatistas en el siglo V
por su defensa de la fe católica*



LAVS DEO



Próximos títulos

Biblioteca Breve Menéndezpelayista 2

Examen crítico Menéndez Pelayo



Biblioteca Breve Menéndezpelayista 3

Estudios de erudición Menéndez Pelayo



UC
UNIVERSIDAD
DE CÁDIZ

ECH
ECONOMÍA
Y CIENCIAS
HUMANAS

ISBN 978-84-8102-561-3



9 788481 025613

www.libreriauc.es

ISBN 978-84-935818-9-3



9 788493 581893

www.ech.es

Esta es la primera biografía escrita sobre Menéndez Pelayo. Impresionado por la trayectoria intelectual del joven santanderino, que contaba entonces sólo con 23 años, Miguel García Romero se lanzó a publicar un libro que refleja la notoriedad adquirida ya para entonces por Menéndez Pelayo en el panorama cultural y científico español. Los apuntes recogen información de primera mano sobre esta etapa crucial de su vida que se cierra en diciembre de 1878 con la obtención de la Cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española. Habría que esperar más de tres decenios para que nuevas biografías sobre Menéndez Pelayo vieran la luz, siendo en todas ellas perceptible la huella dejada por este pionero texto con el que inicia su andadura la Biblioteca Breve Menendezpelayista.

